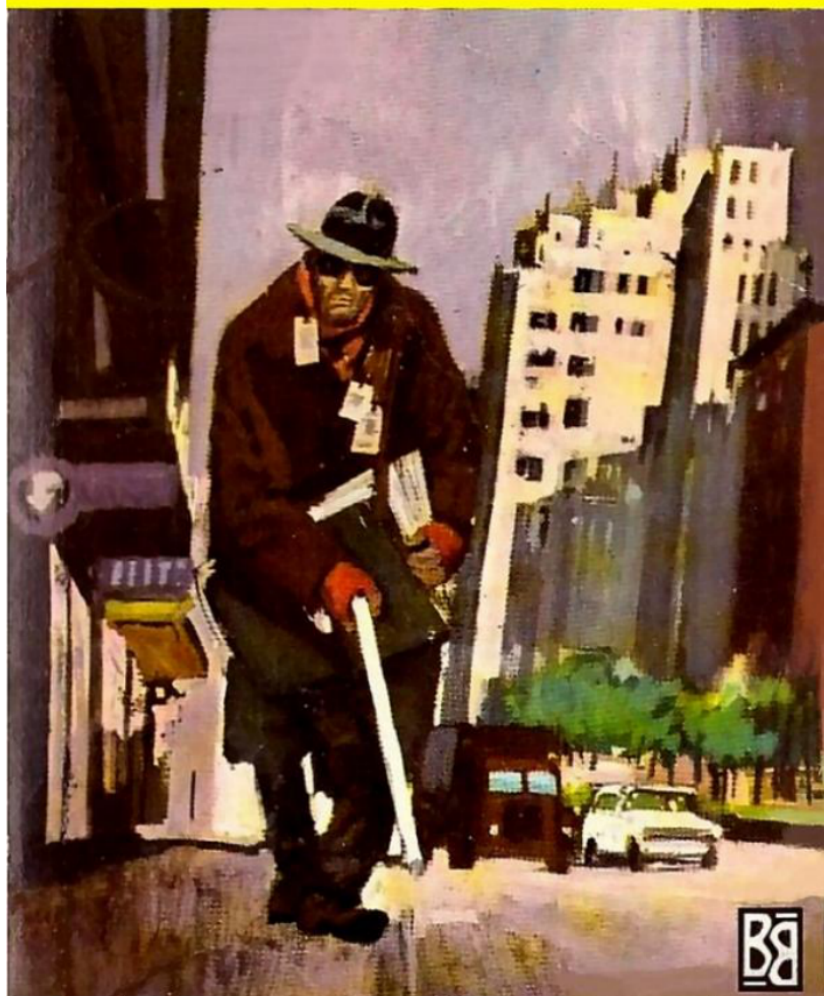


PUNTO
ROJO

una sombra al anochecer

silver kane







SILVER KANE



UNA SOMBRA AL ANOCHECER

Colección PUNTO ROJO n.º 219
Publicación semanal
Aparece los SÁBADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTÁ
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 16855 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: julio 1966

© SILVER KANE - 1966
sobre el texto literario

© DESILO - 1966
sobre la cubierta

© COSTA y CARRILLO - 1966
sobre las ilustraciones interiores

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2. - Barcelona - 1966**

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha fue haciendo sonar uno por uno los barrotes de la gran verja.

No pedía negar que tenía miedo.

La casa, rodeada por la hiedra, emergía solitaria junto al río, que se perdía en la lejanía mansamente. Todas las ventanas estaban cerradas y reflejaban en sus cristales la suciedad de innumerables capas de polvo y de lluvia. En el jardín abandonado crecían arbustos de todas clases, pero sobre todo helechos, grandes y húmedos cuyas blandas hojas eran mecidas por el viento.

La muchacha siguió avanzando.

Conocía aquello muy bien.

Ella había nacido en aquella casa y sabía perfectamente cuál era la distribución de las habitaciones, pero sin embargo no le gustaba entrar allí. No le había gustado jamás penetrar en la soledad de aquel mundo.

Cuando la verja terminó, ella se encontró en los márgenes del río.

La verja terminaba allí porque allí terminaba también la posesión de los Blayfair. Pero entre ella y el río había un espacio pequeño, y a la muchacha siempre le había parecido mejor pasar por allí. Así no tenía que oír el chirrido metálico de la puerta al abrirse, ni el gruñido de los viejos goznes que parecían voces humanas.

Avanzó por el jardín.

Ahora la casa quedaba a la izquierda.

Veía claramente, a la luz suave del atardecer, los adornos de la entrada de piedra blanca, el torreón rojizo, la gran balconada central, en hierro forjado, y la solemne puerta de roble que ella tendría que atravesar si pretendía entrar en la casa.

Eso era lo que le daba más miedo.

Lo que pudiera haber detrás de aquella puerta.

Las llaves pesaban en su mano como un objeto trágico. Parecían quemar su piel.

En el abandonado jardín ya casi no se distinguían los senderos, y por eso ella prefería cruzarlo por cualquier sitio, pisando las viejas ramas, sintiendo el roce húmedo de los helechos en sus piernas desnudas.

La casa estaba cada vez más cerca.

Mary, como siempre, sintió el frío que subía por su columna vertebral, que llegaba a su nuca, que poco a poco iba paralizando sus movimientos. Era ese miedo especial e innombrable que inspiran las casas vacías, los rincones solitarios Mary sabía que, una vez atravesada la gran puerta, desaparecería aquella sensación. Durante algunos minutos volvería a moverse entre las habitaciones de su niñez, que tan bien recordaba. Después, cuando cerrase al salir, volvería a sentir aquel miedo... «Dios santo, ¿y si alguien me persiguiera?». Como siempre, saldría corriendo de allí, tropezando con las ramas secas y las hojas de los helechos. No volvería a sentirse un poco tranquila otra vez hasta que estuviera al otro lado de la verja.

Fue contando los pasos que le quedaban para llegar a la puerta. Veinte, dieciocho, dieciséis... Tenía aquello calculado de otras veces, y se entretenía en contarlos porque así dominaba su miedo. Cuando le faltaban diez, creyó oír algo a su espalda.

Se volvió rápidamente, ahogando un grito de horror.

—¡Chist!

Mary quedó paralizada.

El asombro hizo que la mano derecha se abriese y cayeran las llaves al suelo. Lo que menos podía imaginar era la presencia allí de aquella persona. Completamente absorta, sin acertar a reaccionar aún, la vio avanzar hacia ella.

La que la había llamado no inspiraba, desde luego, el menor temor.

Era una muchacha de unos dieciocho años, como ella. Rubia, alta y bien formada, con esa especial y radiante constitución que tienen muchas chicas americanas que han practicado el deporte durante casi toda su vida. Verla hacía recordar los campos de maíz, el aire puro, la naturaleza silvestre que los hombres parecen

haberse empeñado en perder. La chica, además, vestía ropas de muchacho, y eso le daba un aspecto más juvenil y más deportivo aún.

Usaba unos tejanos azules y botas de «baskett-ball». Una blusa blanca con el emblema de un equipo desconocido se pegaba a las maravillosas formas de su busto.

Parecía muy cansada, pero sus labios se entreabrían en una amplia sonrisa.

—¡Mary!

Mary, al fin, reaccionó. Consiguió salir de los abismos de su sorpresa.

Corrió hacia la aparecida y la besó en ambas mejillas tiernamente, mientras la abrazaba con fuerza.

—¡Lidia! ¿Tú aquí?

Sin saber cómo, se encontraron las dos sentadas entre los helechos, ocultas a las miradas de los demás, aunque la verdad era que en aquella soledad no era fácil que pudiese verles nadie.

Lidia seguía dejando que sus labios sonrieran alegremente, aunque con cierta lejana expresión de cansancio.

—Me he escapado del colegio.

—¿Qué dices?

—Me escapé ayer por la noche. He estado andando por los campos casi veinticuatro horas, sin comer nada.

—Pero Lidia... ¿por qué?

—Querían llevarme a que me viese un médico siquiatra.

—¿A ti?

—Sí, a mí. Ya ves...

—Pero si siempre fuiste la mar de razonable... ¡Y además la primera de la clase!

—Decían que mi cabeza empezaba a no regir bien. Que quizá había estudiado demasiado últimamente, y que había dormido menos de lo necesario. El caso es que la decisión fue firme: yo iría al consultorio de un médico siquiatra.

Rió, fingiendo despreocupación, pero en cada inflexión de su risa se notaba el dolor, el engaño y el cansancio.

—¡Hacerme eso a mí! ¡Yo que daba clases gratuitamente durante las vacaciones!

Se tendió en el mullido suelo lleno de hojas secas, acariciada por

los helechos.

—¿No tienes un cigarrillo, Mary?

—Sí que tengo uno. Se lo quité a mi hermano sin que él lo notara. Puedo darte medio.

—Vosotros siempre tan puritanos. ¿No te dejan fumar?

—Ni soñarlo.

—Pues ya tienes diecisiete años...

—Sí, pero ya sabes cómo es eso...

Con un gesto amplio de su brazo abarcó el pequeño mundo en que se desenvolvía. La enorme casa, el jardín semisalvaje, la verja y las cinco edificaciones de piedra que se extendían a unas quinientas yardas de allí.

—El último rincón feudal de Norteamérica —susurró Lidia—. ¿No os da vergüenza?

—Mi familia siempre ha vivido aquí —dijo quietamente Mary—; siempre ha estado al servicio de los Blayfair. Cuando ellos fueron desapareciendo y sólo quedó John, el heredero, y éste se fue a dilapidar su fortuna recorriendo el mundo, nosotros hemos seguido cuidando la casa, y hemos seguido viviendo en aquellos edificios, cerca del lugar donde teníamos nuestro trabajo.

—Sucio feudalismo de otros tiempos —dijo Lidia despectivamente, mientras partía el cigarrillo en dos con gran habilidad.

—No es feudalismo; no tiene nada que ver.

—Bueno, pues llámale servilismo exagerado. Teníais que haber marchado de aquí cien veces. Tú mereces algo mejor. ¿Fósforos?

—Sí, tengo uno. Pero no vayas a estropearlo.

Lidia frotó el fósforo contra una piedra y protegió la llamita con el hueco de su mano. Encendieron y fumaron las dos.

—Tú hubieras sido una gran universitaria —dijo mirando a Mary, mientras exhalaba una columnita de humo—. Quién sabe si hubieras llegado a obtener una cátedra. Pero tu familia se empeñó en que no tenía dinero para pagarte el colegio y en que te necesitaban aquí... ¡Vaya idiotez!

—No, no lo creas. Mamá siempre está enferma, y yo soy la única mujer.

Mary hizo un gesto con su cigarrillo, como si espantara una mosca.

—¿Por qué no os marcháis de aquí?

—Ya sabes cómo es papá. Dice que nosotros formamos parte de la familia de los Blayfair. Que a mi hermano Richard y a mí nos hicieron nacer entre esos muros para demostrar a todo el mundo que nos aceptaban como parte integrante del clan familiar. — Exhaló otra bocanada de humo, con el secreto placer de lo prohibido—. Asegura que John volverá y que todo será otra vez como antes. Que no podemos desertar, y que en ningún momento encontraremos una vida más tranquila y más barata. Ya sabes que papá ha sido siempre un pobre hombre. En cuanto a Richard, mi hermano, se encuentra muy a gusto aquí. Persigue a las chicas de los pueblos vecinos, ayuda a papá en su pequeña industria de pipas y estudia no sé qué por correspondencia. Yo tengo que cuidar de todos ellos. Pero me aburro... Me aburro mortalmente.

Contempló de nuevo a Lidia e hizo otra vez un gesto de asombro, como si ahora se diese cuenta de las extrañas ropas que ella vestía.

—¿De dónde... has sacado eso?

—Del vestuario deportivo de los chicos. Tuve que descolgarme de nuestro dormitorio tal como iba, en pijama. Y no encontré nada mejor.

—Pues no te sientan nada mal... Aunque parece como si te entrenaras para los juegos olímpicos. Y oye, hay una cosa que no entiendo: ¿Por qué dices que querían enviarte a un siquiatra?

—Porque según ellos, es decir el claustro de profesores, y según el viejo doctor Hoover, que es un pelmazo, yo sufría alucinaciones.

—¿Alucinaciones? ¿De qué clase?

—Vi un platillo volante.

Mary lanzó una carcajada. No pudo contenerse, pero de repente todo aquello le pareció cómico. No tenía lógica que Lidia, una chica habitualmente tan seria, tan magnífica estudiante, se viera envuelta en un problema así. Dijo, cuando pudo terminar de reír.

—¡Qué tontería! Hay miles de personas que aseguran haberlos visto. Y por eso no las llevan al siquiatra.

—Mi caso es diferente. Yo lo vi caer. Y vi también al que lo tripulaba.

—¡Lidia, tú estás loca!

—¿Ves? Y también empiezas como ellos.

Mary notó que el cigarrillo quemaba ya entre sus dedos. Lo aplastó entre las hierbas.

—Perdona, pero es que... ¡resulta tan increíble!

—¿En mi tienes confianza o no?

—En ti tengo una confianza ciega.

—Pues entonces cree lo que te digo: lo vi caer. Era un disco muy pequeño, plateado, y no despedía ningún brillo especial, al contrario de lo que por ahí se ha dicho. Yo estaba fumando un cigarrillo en secreto en uno de los torreones del colegio, yo lo vi con claridad. Algo debía fallar en él, porque perdía altura, pero sin hacer ningún ruido. Ya sabes que el colegio está cerca de uno de los mayores lagos de Luisiana. Pues bien, se hundió en las aguas sin levantar el menor estruendo, justo como si las cortara con un cuchillo. Yo estaba petrificada, puedes creerme. Tenía tantas dudas de estar despierta. ¡Completamente! Entonces descendí hasta la orilla del lago, descolgándome por el cable del pararrayos. Sí, ya sé que era una locura, que pude haberme matado... Pero en aquel momento yo no pensaba. Entonces vi salir de las aguas, a un cuarto de milla de distancia, a un hombre. Era el tripulante del platillo.

—¿Cómo... cómo era? ¿Con cuántas cabezas?

—¡Tonta! Era un hombre como los otros.

—¿Le viste la cara?

—No, eso no. Desapareció enseguida entre la espesura. Llevaba un extraño vestido color plata vieja, una mezcla de negro y de brillantes. En sólo cuestión de segundos llegó desde el agua hasta la espesura, en el lugar que nosotros llamábamos «La fuente triste». ¿Lo recuerdas?

—¡Es imposible!

—¿Qué quieres decir?

—En aquel lugar, entre el agua y la espesura, hay al menos quinientos yardas. ¡Nadie las puede recorrer en cuestión de segundos!

—Ya comprendo lo que quieres decir. Sí, a mí también me pareció entonces increíble. Daba silenciosos y tremendos saltos, de al menos cincuenta yardas.

Mary quedó estupefacta.

Si aquello se lo hubiera dicho otra persona, alguien que no fuese Lidia, se habría echado a reír.

Pero ambas eran amigas. Habían vivido juntas dos años en el viejo colegio. Y Lidia era una chica muy sensata, muy poco dada a las fantasías. Una chica que, además, no la hubiese engañado a propósito nunca.

Si ella contaba todo aquello, era porque lo había visto o creía haberlo visto.

Sintió clavados en ella los ojos penetrantes de su amiga.

—Tú también dudas, ¿verdad? También piensas que son imaginaciones mías.

—¡Resulta todo tan increíble!

—Pero yo lo vi... ¡Lo vi!

—De acuerdo, yo te creo. ¿Cómo no te iba a creer? ¿Qué hiciste luego?

—Desperté a la directora y se lo expliqué.

—Te enviaría al diablo...

—No, al principio me creyó. Llamó a la policía, y en dos horas se organizó una batida sensacional. Hombres rana buscaron en el fondo del lago, pero como éste es tan profundo hubieron de desistir. Y al no haber ninguna huella, al no haber visto nadie aquello, me acusaron de alucinada. Entonces a mí me ocurrió lo que no debió haberme ocurrido nunca: sufrí un ataque de nervios. Estaba tan asustada que empecé a chillar, y luego perdí el sentido. Al despertar, leí en los ojos de todos lo que estaban pensando: «¡Pobre chica! ¡Ha trabajado demasiado y ahora está loca!». Cuando la directora me habló de llevarme a un siquiatra y tenerme en observación un tiempo, decidí huir.

Hizo un suave gesto con la mano derecha.

—Y aquí estoy.

—Tienes razón, yo hubiera hecho lo mismo. ¡Esas viejas tiñosas, envueltas en la capa de su respetabilidad! ¡Esos loros que siempre creen tener razón! ¡Hiciste muy bien en no someterte a sus caprichos! ¿Pero por qué no has ido a casa de tus padres?

—¡Hum! A mis padres habría que buscarlos con un galgo. Ahora viajan por Europa, y la casa está vacía. Además, ése será el primer sitio donde me busquen. Ya que he huido, ya que he empezado la partida, he de procurar al menos ganarla. No pienso que me atrapen... y por eso te recordé.

—¿Qué puedo hacer yo?

Lidia señaló la inmensa casa vacía, la gran mansión deshabitada de los Blayfair.

—Viviré unos días ahí. Tú me puedes traer algo de comida.

—¿En casa de los Blayfair?

—¡Chica, pronuncias el nombre con un respeto! ¡Ni que fuesen también los reyes de Inglaterra!

—No, pero...

De pronto Mary tomó una decisión.

—Claro que sí que lo harás. Ven conmigo. Hay habitaciones a docenas, y todas ellas con ropa dispuesta. Puedes vivir como una princesa. Si John, el dueño, hubiese de volver, yo me enteraría.

Las dos se pusieron en pie.

Iba anocheciendo rápidamente. Las sombras de los árboles ya casi no se insinuaban sobre la tierra. El sol lejano brillaba en los cristales de la casa, y en cada uno de éstos parecía dibujarse una extraña sombra.

—¿Tú ibas ahí? —susurró Lidia.

—Sí. Por cierto, se me cayeron las llaves al verte. ¡Tuve una sorpresa tan grande!

—¿Y qué ibas a hacer?

—Mi padre me ha encargado que cierre el conmutador general de la luz. Por lo visto nos dejamos alguna bombilla encendida la última vez que se hizo limpieza. El contador ha estado marcando desde entonces.

—¿Es que el contador lo tenéis en tu casa?

—Sí. Ya recordarás que mi padre se encargaba también de la administración de los pequeños gastos. El contador está en casa, y la energía llega a la mansión por un cable subterráneo.

—Ya comprendo... Bueno, te acompaño.

—Te lo agradeceré. Yo casi tenía miedo.

—¡Qué niña eres!

—No consentiré que te rías de mí.

Lidia le acarició cariñosamente los cabellos. A pesar de ser casi de la misma edad, siempre se había sentido mayor que ella. Siempre la había protegido.

—No me río. Reconozco que es una casa siniestra. ¿Pero cuántos millones debe valer?

Ahora rieron las dos. La atmósfera un poco irreal que parecían

haber traído las sombras de la noche, se estaba desvaneciendo. En efecto, ¿cuántos millones valía aquella casa? A Mary no se le había ocurrido pensarlo nunca, pero valía la pena considerar la cuestión.

Abrieron la puerta.

Dentro se respiraba un espeso aire a cerrado, a quietud. Los últimos rayos oblicuos del atardecer penetraban por las ventanas de la planta baja.

Lidia susurró:

—¡Chica, qué abandonado parece todo esto!

—Lo limpiamos una vez al mes. Estamos tres días trabajando sin parar, no vayas a creer que un sitio tan inmenso se limpia fácilmente. Luego, normalmente, ya no se entra para nada.

—Oye, aquí habrá cigarrillos, ¿verdad?

—Te has vuelto muy fumadora.

—No, no... Es que estoy nerviosa. Yo siempre había sido una chica sensata, tú lo sabes. Todo esto me desquicia.

—Creo que encontrarás en el despacho. Siempre había una caja de piel con tres o cuatro paquetes dentro.

—¿Y dónde está el despacho?

—Sube por esa escalera. La primera puerta.

Mary hizo girar un conmutador de la luz. Las bombillas de la inmensa araña se encendieron.

—Tenía razón mi padre; el contacto está dado. Y en alguna habitación de la casa tiene que haber una bombilla encendida.

—¿Qué habitación?

—Tiene que ser de las interiores, porque la casa se ve desde fuera. Bueno, comprenderás que no voy a molestarme en buscarla. Cerraré el conmutador.

—¿Dónde está?

—En la cocina. Es esa puerta que se ve al otro lado.

—Entonces estarás solo un momento. Yo voy a buscar cigarrillos. ¿Sabes que es muy divertido entrar de pronto en una casa abandonada?

—No está abandonada, pero en fin... ¡si tú quieres mirarlo de ese modo!

Las dos muchachas se separaron. Lidia subió ágilmente por la gran escalera principal, hasta llegar a la puerta que su amiga le había indicado. La abrió y giró el conmutador de la luz. Se encontró

en un despacho grande, suntuoso, con muebles estilo Imperio. En los Estados Unidos, el país de las cosas funcionales, no se encontraban muchos despachos así. Pero Lidia no había venido a admirar estilos de muebles, sino a buscar cigarrillos. Vio la caja de piel sobre la mesa.

Pero los paquetes de que le había hablado Mary no estaban dentro.

Los vio fuera...

Mary, entretanto, notaba otra vez en sus piernas, en la espalda, la sensación de su angustiosa soledad. En este momento no imaginaba cómo pudo pensar en tener valor para entrar sola en la casa.

Pero le reconfortaba el pensar en Lidia. Lidia estaba allí cerca, y en cualquier momento podía llamarla. Las cosas resultaban muy distintas, teniendo a su amiga allí.

¡Claro que le permitiría quedarse en la casa! ¡Todo lo que Lidia necesitara!

Pensó de todos modos tendría que estarse sin luz. Si dejaba el conmutador, general abierto, su padre notaría que el contador aún seguía girando. Luego hablaría de eso con Lidia, y le buscaría algún farol de petróleo para que no tuviese miedo.

Penetró en la cocina.

Canturreaba lentamente al tiempo que intentaba pensar en otra cosa para dominar su miedo.

Y de pronto quedó paralizada, quieta, sintiendo que los músculos de su garganta se agarrotaban bruscamente.

Allí estaba, en la pared, la huella de aquella mano.

Ella la recordaba de otro tiempo, de otros días que estaban hundidos en el fondo brumoso del pasado. Aquella mano... Era como si volviese, de pronto, a algún viejo terror de sus días de niña. La vio claramente, en una de las paredes. Era una huella muy claramente marcada, como si alguien hubiera ensuciado su palma y sus dedos con polvo de carbón y luego los hubiera apoyado en la pared largo rato.

Y de pronto la muchacha recordó.

De pronto sus labios se movieron. Nadie hubiera sido capaz de decir si aquellos labios temblaban o formulaban una súplica.

CAPÍTULO II

Dio media vuelta.

Sus pies clavados al suelo le impedían correr, pero al menos avanzó paso a paso hacia la salida. Sentía unos deseos irresistibles de gritar.

Pero al mismo tiempo le daba vergüenza.

El recuerdo que la acometía no era terrorífico del todo. No tenía motivo para asustarse, ella lo sabía. Pero prefería salir de allí, prefería no verse hundida en un pasado que parecía convertirse en una pesadilla, entre el silencio y la soledad de la casa.

Aquella mancha no estaba allí cuando ellas limpiaron. La habían hecho después.

Y ella sabía quién.

Pero de pronto recordó que tenía que cerrar el conmutador.

No podía irse así, no iba a dejar las cosas sin hacer. Total, era menos de un minuto.

Subió al gran armario donde se guardaban, desde siempre, las interminables hileras de uniformes del servicio y donde, en un ángulo, estaba el conmutador general de la electricidad.

Tendió la mano.

Y de pronto la mano quedó quieta en el aire, como un pájaro sorprendido, mientras por sus músculos pasaba como una corriente de hielo.

Acababa de ver el ojo, el ojo quieto, enorme, hipnótico, que la miraba desde el fondo del armario, desde más allá de los uniformes, desde más allá del espacio y del tiempo.

Acababa de ver el horror, la imagen misma de la muerte acechando entre las sombras.

Fue a retroceder, pero ya no pudo. Algo parecido a dos zarpas había caído sobre su garganta. Intentó gritar, pero una de aquellas zarpas le tapó la boca.

Era una cosa fría lo que penetraba en el corazón de Mary. Algo que no causaba dolor, pero sí una infinita angustia. Era como una sensación de debilidad, de vacío. El ojo estaba sobre ella, como absorbiéndola, llenándolo todo con su macabra presencia.

De pronto las rodillas de Mary se doblaron.

De pronto el dolor fue horrible espantoso, y sacudió todo su cuerpo.

Pero ella no podía gritar.

La zarpa seguía apretando su boca, estrangulando su aliento.

De pronto Mary tuvo un estertor un último estertor, y cayó silenciosamente a tierra.

CAPÍTULO III

Lidia se apoderó de uno de los paquetes y dejó los otros en la caja. De momento no necesitaba más. El hecho de haberlos encontrado fuera, sobre la mesa, lo atribuyó a una equivocación de Mary. Quizá ella creía haberlos guardado, cuando en realidad los dejó fuera.

Buscó también cerillas.

No las había, pero en cambio sí un pequeño mechero de oro, un auténtico «Du Pont». Lidia se apoderó de él, pensando devolverlo. Sólo lo usaría mientras estuviese allí.

En aquel momento, cuando lo tenía en la mano, se apagó la luz.

«Mary ha sido bien inoportuna... —pensó la muchacha—. Podía haber esperado a que bajase...»

De todos modos era fácil encontrar el camino.

Salió al vestíbulo superior y comenzó a bajar las escaleras. Pudo distinguir los peldaños con cierta claridad, porque una débil luz aún penetraba por las ventanas.

—¡Mary! —llamó—. ¡Mary!

Nadie respondió.

Un silencio helado parecía resbalar por sobre las baldosas de mármol, parecía aposentarse entre los muebles solemnes que ninguna mano humana parecía haber rozado durante muchos años.

—¡Mary!

De pronto Lidia vio, o creyó ver, algo.

Pero no estaba segura.

Quedó rígida en los peldaños, mirando hacia abajo, sintiendo físicamente cómo sus ojos se le salían de las órbitas.

Creía haber distinguido unos ropajes color plata vieja. Un color entre negro y brillante. Una sombra furtiva.

Pero de pronto aquella visión fugaz se evaporó. El vestíbulo inferior volvió a quedar vacío.

Lidia sentía la garganta seca.

Era una muchacha valiente, animosa, pero jamás había vivido una situación como aquélla.

—¡Mary!

Su voz sonó apenas como un sollozo.

Pero intentó serenarse y siguió descendiendo. No podía dejarse ahora dominar por el miedo. No había tampoco el menor motivo.

Llegó a la planta baja.

Las sombras eran cada vez más espesas, más impenetrables. Las ventanas eran apenas como débiles manchas color violeta.

Lidia temió tropezar.

Manejó el encendedor a gas, y una alta llama brotó de su mano derecha. La luz le permitió ver los relieves de los muebles. Un círculo de vacío parecía haberse creado en torno a la muchacha, un círculo que abarcaba la débil luz del gas, pero más allá del cual sombras palpitantes y peligrosas la envolvían por completo.

Miró hacia la puerta que Mary le había indicado, la puerta más allá de la cual estaba el conmutador general de la luz.

La vio cerrada.

Quedamente, escuchando el rumor suave de sus propios pasos, la muchacha avanzó hacia allí. La lucecita de gas iba disipando hileras de sombras, siluetas de muebles parecidas a espectros descarnados, relieves de cuadros colgados en las paredes y cuyos ojos parecían acecharla. Lidia, pese a toda su sangre fría, hubiese querido gritar y salir corriendo de allí. Salir en una huida vergonzosa.

Cuando iba a abrir la puerta le pareció ver algo más.

Era un reflejo en un cristal.

Un ojo que la miraba.

Alguien estaba quieto al otro lado del vestíbulo, y parte de su rostro se reflejaba borrosamente en el cristal de una cornucopia. Pero el ojo, aquel ojo grande y quieto, se distinguía con claridad. Parecía un objeto de cristal, pero dotado de poderosa vida. Diríase que trataba de hipnotizarla.

La muchacha giró lentamente.

Sentía los pies clavados en el suelo. No podía correr.

Ignoraba que era lo mismo que le había ocurrido a Mary minutos antes.

Su rostro desencajado se volvió hacia el lado del salón donde debía estar situado el ojo.

Vio una borrosa sombra. Sólo una borrosa sombra que parecía haber sido engendrada por las mismas paredes. Nada brillaba en ella, ni el ojo, ni los dientes, ni un leve relieve de metal, como por ejemplo la hebilla de un cinturón. Nada.

Ni siquiera hubiese podido asegurarse que se trataba de un ser humano.

Las sombras flotaban en torno a él, se movían. Sólo la extraña figura estaba quieta. La figura de la cual Lidia había visto un solo ojo.

De pronto también aquélla se movió.

Parecía avanzar lentamente.

Lidia sintió que el terror la dominaba, que era más fuerte que ella misma, y lanzando un grito corrió hacia la puerta.

No se dio cuenta de que dejaba de apretar el resorte del encendedor. Éste se cerró, y la llamita quedó extinguida. Entre las tinieblas, Lidia tropezó con uno de los butacones y cayó al suelo cuan larga era.

En encendedor resbaló de entre sus dedos. Fue a perderse bajo uno de los butacones.

No se oía nada.

Sólo el susurro del viento entre los árboles. Sólo esos mil ruidos inexplicables que parecen brotar de todos los rincones de una casa vacía.

¿Vacía?

¿Dónde estaba Mary? ¿Y quién era aquel ser inexplicable del que sólo había llegado a ver un ojo?

Oyó pasos furtivos.

O quizá no eran pasos. Era como el roce casi inaudible de los pies de alguien que caminara descalzo. Tal vez de alguien que no tenía los pies como los demás seres humanos. Este pensamiento penetró como un veneno en el cerebro de Lidia, paralizándola de horror.

Y entonces vio el ojo reflejándose en otro de los espejos. Ahora estaba a su derecha.

No se veía nada más que aquello: sólo el ojo vigilando, escrutando entre las sombras.

Fue el propio horror lo que dio fuerzas a Lidia. Con un salto felino llegó hasta la puerta. Tuvo la sensación de que alguien la perseguía, pero no lo hacía corriendo. *Como si alguien volara a su encuentro...*

Hizo girar el pomo. ¡Y éste no obedeció! ¡La cerradura debía haberse encallado!

No miró hacia atrás. No quería conocer el horror que tenía a su espalda. Pero le parecía oír una respiración jadeante, tensa, apenas a unos pasos. Volvió a tirar frenéticamente del pomo.

Entonces la puerta se abrió.

Lidia empezó a correr frenéticamente entre los helechos, bajo los árboles helados, mientras un grito de horror brotaba de su garganta.

CAPÍTULO IV

El inspector Morrison, un hombre bajito y astuto, que creía en los astros y en la predicción del futuro, hizo un gesto indicando a los camilleros que podían retirar el cadáver.

La sombra blanca, alargada, tendida entre los dos hombres, pasó lentamente.

Nichols, su ayudante, rechinó los dientes.

—¿Qué edad tenía?

—Diecisiete años.

—Una salvajada...

Morrison refunfuñó algo en voz baja. Dijo luego en voz más alta que, afortunadamente, aún había pena de muerte en los Estados Unidos. Y que cuando pescasen al asesino y lo condenaran, él tendría mucho gusto en asistir personalmente a la ejecución.

Luego se volvió hacia otro de sus ayudantes, Springler.

—¿Qué dicen los del jardín?

—Hay huellas de dos personas. Unas se corresponden exactamente con los zapatos de Mary, la muerta. Las otras son de unas botas de «baskett-ball» con suela de goma marca «Hércules». Por su tamaño, tienen que corresponder a una mujer.

—¿Van juntas las huellas?

—Sí.

Morrison se encogió de hombros.

—Bueno, entonces falta la otra mujer. Ella puede ser la culpable. ¿Qué hay del encendedor de oro?

—Hemos examinado las huellas.

—Os habéis dado prisa, ¿eh? Menos mal que por primera vez os ganáis el sueldo, hatajo de gandules, pandilla de mantenidos.

El ayudante pasó por alto las últimas palabras. Cuando se hizo policía le habían prometido que ganaría poco, pero sería respetado. Él prefería, contra viento y marea, seguir creyendo esto último. Lo

primero ya se lo hacía creer su mujer todos los meses.

—Las huellas del mechero se corresponden con las del pomo de la puerta y las de la baranda de la escalera. Hemos mirado los ficheros. No corresponden a ninguna persona conocida.

—¿Una mujer?

—Por la esbeltez de las yemas de los dedos, los técnicos dan por descontado que sí.

—Aunque se trate de una mujer yo asisto a su ejecución —gruñó Morrison—. ¡Al diablo! ¿Qué hay más?

—Huellas de Mary, la muerta.

—¿Y otras personas?

—Nada.

Morrison lanzó un gruñido.

—¿El jardín?

—Cribado completamente. Nuestros hombres lo han examinado planta por planta, así como la casa.

—¿Puede tener esta alguna habitación secreta?

—Es posible... En estas edificaciones tan antiguas nunca se sabe. Buscaremos los planos de la construcción en el edificio, si es que están archivados, aún después de tantos años.

Morrison apuntó con el dedo hacia la puerta.

—Si nadie está aquí, ni en el jardín, es que trata de alejarse. La vigilancia tiene que trasladarse de modo fundamental a las carreteras y los caminos vecinales. Aquí ya no encontraremos nada. Que los patrulleros trabajen sin cesar y que se ganen también el sueldo. Otra cosa: toda persona desconocida en la zona, aunque tenga sus documentos en regla, debe ser detenida si no aclara de modo tajante para qué ha venido aquí. La detención durará veinticuatro horas. Yo corro con toda la responsabilidad. Hay más.

Cuando se ponía a mandar, Morrison era un Napoleón de vía estrecha.

—Sí, claro que hay más —añadió, al ver el gesto de cansancio a sus ayudantes—. Todos los detenidos deben ser interrogados sin descanso. Ya se sabe: antecedentes, ingresos económicos, lugar de trabajo, familia... Cuando se les ponga en libertad, después de veinticuatro horas, quiero conocerlos mejor que su madre. ¿Y el forense? ¿Dónde infiernos está el forense?

—Estoy aquí, Morrison. Por poco le piso.

—Ah, no le había visto. ¿Qué hay del arma homicida?

—No he podido determinar de qué se trata. En cierto modo me hace pensar en un bisturí. En cierto modo en una inmensa uña.

—¿En una qué...?

—Una inmensa uña. Me ha entendido bien, Morrison.

—¿Pero con qué instrumento se podía semi-arrancar el corazón de esa muchacha, como ha hecho el asesino?

—Con muchas cosas. Incluso, siendo hábil, con un cuchillo de cocina. Pero no es ésa el arma que se empleó.

—¿Entonces qué...?

—No sé, Morrison, no sé... ¿Quiere que me vuelva loco?

El doctor parecía cansado. Parecía impresionado, además, por la muerte de una muchacha a la que conoció desde niña. Hizo gesto de retirarse, pero Morrison le echó la zarpa encima.

—Oiga, ¿y la huella de la cocina? ¿La ha medido ya?

—Sí. Es de hombre.

—¿Pudo haberla dejado una mujer?

—Las mujeres no tienen las manos tan grandes. Y déjeme en paz de una vez, Morrison. Yo ya le he dicho lo que sé; ahora saque sus conclusiones y gánese también el sueldo. Después de lo que he visto, necesito beberme una botella de *whisky* y dormir al menos diez horas.

Se largó. También pretendían hacerlo los ayudantes de Morrison, pero éste les llamó con un rugido.

—¡Eh, vosotros, zánganos! ¡A ganarse el pan! ¿Quién está con el padre de la chica?

—Harvey. Ya sabe que él es una especie de cura. Lo está tranquilizando lo mejor que puede.

—¿Quién ha avisado al dueño de la casa? ¿No se llama John Blayfair?

—Nadie conoce su dirección. Como tiene dinero, viaja continuamente y se pega una vida de espanto. Pero hoy justamente se ha recibido una postal diciendo que viene hacia aquí.

—¿Una postal de dónde?

—De Brasilia.

—Pues si emplea el avión puede tardar unos...

Morrison fue a calcular, pero el ayudante que había labiado le interrumpió.

—No viene en avión. Siempre ha tenido pánico a volar. De modo que lo que tarde es cosa que no nos incumbe a nosotros.

—Pues buena sorpresa se va a llevar cuando llegue —masculló Morrison a media voz—. Vaya sorpresa...

Y salió de la casa.

—¿Dónde me han hablado a mí de unas botas de «baskett-ball»? —refunfuñó entre dientes—. ¿Dónde?

CAPÍTULO V

Lidia llevaba más de dos días sin comer. Estaba al borde del agotamiento. Un estado de terrible nerviosismo la dominaba.

Después de la huida a través del inmenso jardín de los Blayfair, había llegado hasta el río. Se acercó allí sin darse cuenta, sin saber dónde estaba, y hubiera seguido adelante de no sentir que el agua llegaba ya hasta sus rodillas. Entonces vaciló.

Durante unos segundos angustiosos interminables, quedó inmóvil y sin saber qué hacer. Estaba aterrorizada, mucho más de lo que lo había estado en cualquier otro momento de su vida.

Pero pensó que debía ocultarse. La policía, a veces, se muestra muy poco razonable. En el colegio dirían que tenía antecedentes de visionaria, y quizá eso bastara para que la acusasen y en el mejor de los casos la enviarían al observatorio siquiátrico.

No. Lo único que podía hacer era ocultarse.

Siguió la línea del río, guiándose en la oscuridad creciente por el reflejo del agua, y llegó hasta una pequeña choza de cañas y paja que debía servir como refugio de pescadores. Se introdujo allí, agotada y quedó profundamente dormida, dominada no sólo por el cansancio, sino también por su propio miedo.

Al día siguiente, y a pesar de que la mansión de los Blayfair estaba a gran distancia, le pareció observar movimiento en el jardín y llegada y salida de coches. Aunque no conocía exactamente lo ocurrido a su amiga Mary, dedujo que ella debía haber muerto asesinada. Y aún no era eso lo peor, con ser algo terrible.

Lo más espantoso era que ella había reconocido las extrañas ropas del hombre al que vio salir del lago, después de la caída del extraño objeto volador. Para Lidia no cabía ninguna duda acerca de esto. Y la conclusión era sencilla, pero espantosa: ¡un ser de otro mundo se había introducido en la mansión de los Blayfair!

Durante toda la mañana, la muchacha no pudo arrancarse del

cerebro esa innombrable pesadilla.

Después del mediodía, el movimiento en las cercanías de la mansión cesó casi por completo. Lidia se atrevió a acercarse un poco. Hacia las cuatro, un último coche estacionado ante la casa se alejó de ésta. Todo quedó quieto, silencioso, envuelto en brumas, como ella lo había visto por primera vez.

La gran casa silenciosa, las ventanas muertas, los mil susurros del jardín, hipnotizaban a Lidia.

Ésta sentía como si el tiempo hubiera perdido su significado, como si el mundo fuese distinto, como si entre la tierra y los astros existiera una mágica, una siniestra comunicación.

Le daba la sensación de estar en un mundo cambiado. Quizá en otro mundo.

Mientras tanto, las sombras iban envolviendo todo lentamente, iban cubriendo la tierra.

Los últimos reflejos del sol, ya en los umbrales del anochecer, se proyectaron sobres las ventanas muertas de la casa.

Y entonces fue cuando Lidia vio la sombra. Cuando distinguió la extraña silueta recortándose en una de las ventanas. Cuando se dio cuenta de que en el misterio de la casa muerta *alguien vivía*.

Morrison daba vueltas incesantemente a su pequeño despacho. Javert, uno de sus inspectores auxiliares, le miraba hacer fumando silenciosamente su pipa.

—¡Usted no se gana el sueldo! —gritó de repente Morrison—. ¿Dónde he visto yo antes algo relacionado con esos zapatos de «baskett-ball»? Dígame... ¿dónde diablos...?

—Eso lo sabrá usted, jefe.

—Lo malo es que no lo recuerdo. Y me parece esencial para la investigación, porque son las únicas huellas claras que hemos encontrado.

—Probablemente la persona que lleva ese calzado debe ser una muchacha. Y no creo que una muchacha mate así.

—Pero al menos habrá visto algo. Es indispensable encontrarla.

De pronto apretó los puños.

—¡Una muchacha...!

—¿Qué ocurre, inspector? —masculló Javert, interesándose repentinamente por el asunto—. ¿Es que usted la conoce? ¿Se trata

de una chica que esté bien y que encima da facilidades?

—Cállese, imbécil. Usted no piensa más que en cosas cochinas cuando le mencionan a una mujer. ¡Estoy pensando que le regalan el sueldo cada mes! Lo de esa chica es distinto. ¡Tráigame el «*dossier*» de denuncias por personas desaparecidas!

Javert fue a la oficina contigua, donde un inspector blanco y una secretaria mestiza estaban demostrando que eso del odio entre las razas es un mito, tomó el «*dossier*», procurando no molestar, y volvió al despacho de su jefe.

Éste lo hojeó con ansia.

—¡Aquí está! Lidia Barness. Desapareció de la «Continental School» hace tres días. Llevaba pantalones tejanos masculinos, una camiseta blanca con la insignia de un club y unas botas de «basket» marca «Hércules». Al menos es eso lo que se encontró a faltar en los vestuarios masculinos donde, por lo visto, ella robó algunos objetos antes de su fuga. La descripción de los objetos que faltaban nos ha sido muy útil esta vez, lo cual demuestra que hasta los datos rutinarios son importantes. ¡Javert! ¡A ver, gánese el sueldo! ¡Hagan que den por radio la descripción de Lidia Barness, pásela por radio a los patrulleros, reproduzca esta fotografía de la chica en cien ejemplares, repártala a los agentes y envíela a todos los periódicos de la comarca! ¡Hale! ¿A qué espera? ¡Le advierto, por si eso excita su interés profesional, que la chica está como un cañonazo! ¡Y la foto que el colegio nos han enviado está sacada de un concurso de natación!

Javert se animó enseguida.

Lidia se sentía al borde de sus fuerzas. Su organismo joven y sano había resistido mucho, pero precisamente por ello empezaba a exigirle ya alimento de una forma que no admitía espera. Necesitaba encontrar algo de comer o no le quedaría más remedio que entregarse tontamente a la policía.

Luego se arrepentiría. Lloraría cien veces tras haberse vendido por un pedazo de pan.

¿Pero dónde encontrar alimento?

Era inútil pescar de noche en el río, y además ella no tenía caña. Tampoco existían árboles frutales en las cercanías, ni siquiera verduras frescas que pudieran comerse al instante. No le quedaba

más remedio que encontrar una casa habitada. Una casa que, naturalmente, no fuera la de los Blayfair.

Siguiendo siempre la línea del río, para no perderse, avanzó tres o cuatro millas.

De pronto vio una luz.

Era una casa aislada.

Le parecía estar viviendo el cuento de Blancanieves, lo cual era ridículo a su edad. Pero no le quedaba más remedio que seguir adelante.

La casa era pequeña y parecía descuidada.

Lidia atravesó en silencio el pequeño jardín, empujó la puerta y vio que ésta cedía.

Estuvo entonces a punto de lanzar un alarido.

Porque la primera cosa con la que se encontró fue un ataúd, y dentro un esqueleto humano.

Lidia quedó apoyada en una de las jambas de la puerta, vacilando, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo, pero de repente una voz alegre y tranquila llegó del fondo de la habitación.

Era una voz que parecía cambiarlo todo.

Aunque algo cascada, y sin duda perteneciente a un viejo, parecía simpática. Además la invitaba a entrar.

—Pasa, pasa, hija mía, y no hagas caso de «Charles». Tengo el correspondiente permiso para estudiarlo aquí, no creas. Soy el doctor Hutton.

Lidia miró al fondo de la habitación, que era una especie de inmenso laboratorio. Sólo el del colegio resultaba mayor que aquél. Había allí probetas de todas clases, retortas, tubos de ensayo, hileras y más hileras de reactivos... Había también, cosa curiosa, varias grandes máquinas calculadoras.

El hombre que había declarado llamarse doctor Hutton debía tener unos sesenta y cinco años. No parecía peligroso. Al menos Lidia, que tenía conocimientos del judo, pensó que, pese a su debilidad, podría enviarle a tierra si se acercaba demasiado.

El hombre se puso en pie y se quitó unas antiparras que sólo debía emplear para mirar a corta distancia.

—¿Qué te ocurre, muchacha? ¿Quién eres?

—Me llamo Lidia Barness.

—¿Lidia Barness? He oído tu nombre.

—¿Mi nombre? ¿Dónde?

—La policía acaba de radiar una nota.

Lidia se derrumbó. No sólo estaba vencida físicamente, sino que además empezaba a sentirse ganada por el pánico moral. Se había metido en una especie de callejón sin salida, en un conflicto al final del cual la aguardaban unos meses de manicomio. Cerró la puerta, se derrumbó sobre una de las sillas y miró al hombre que la observaba curiosamente desde el otro lado de la pieza.

—¿Qué va a hacer? ¿Va a telefonar a la policía?

—Supongo que, de momento, no. Una elemental curiosidad me obliga, al menos a conocer tu problema. Pero supongo que tendrás apetito, si es cierto que llevas tres días huyendo. Ven, come algo. Precisamente vivo solo, siempre tengo la nevera llena.

La invitó a pasar a otra pieza más pequeña, donde había un comedor-cocina con «Frigidaire». Lidia no se hizo repetir la invitación de que cogiera todo lo que le apeteciese. Abrió varias latas; sacó pan, dejó al hombre materialmente sin comida.

El doctor Hutton sonreía mirándole.

—No comas aprisa, porque tu estómago no lo resistirá. Aunque el estómago, a tu edad, lo resiste todo... Toma, bebe un poco de cerveza. Es un alimento de primera clase. Y para el final tengo café y algunos cigarrillos.

Fue fumando uno de éstos cuando Lidia se lo contó todo al viejo doctor. Prefirió ser sincera. Necesitaba además, desesperadamente, confiarse a alguien.

El hombre la escuchó en silencio. A veces asentía con leves gestos de cabeza, pero en general parecía no creerla.

—Lo que tú me cuentas es demasiado extraordinario —dijo al fin—. Nadie cree seriamente en eso de los platillos volantes.

—Yo lo vi.

—Mucha gente afirma haberlos visto, pero...

—Usted es como todos —dijo Lidia abruptamente—. No cree lo que no tiene ante los ojos.

—Al contrario, hija, al contrario... Soy uno de los pocos científicos imaginativos que hay en todo el Estado de Luisiana, y por eso no he progresado gran cosa en el aspecto material. Siempre estoy pensando que hay misterios detrás de las cosas más elementales, y por eso investigo sin descanso. Pero lo que tú me

cuentas es demasiado fantástico.

—Puedo probárselo. Se ha producido un crimen.

—Que no tiene por qué estar relacionado con el fantasma a quien tú viste salir del lago.

—No me cree, ¿verdad? En el fondo, usted tiene la misma mentalidad que las del colegio.

Hutton reflexionó unos instantes, mientras arqueaba las cejas y movía los dedos en una serie interminable de tic nerviosos.

—Quizá pudiéramos comprobar algo —dijo—. ¿Tú recuerdas el lugar exacto del lago en que cayó aquel artefacto?

—Sí.

—¿Y la velocidad?

—Era aproximadamente de noventa millas.

—Muy bien. Conociendo el punto de caída, el ángulo de incidencia y la velocidad, además de la resistencia del líquido, podré determinar con mucha aproximación el lugar donde se encuentra. Si es que existe. No me extraña que los hombres rana no descubrieran nada, puesto que el lago es demasiado grande para criarlo en su totalidad. Ellos no tenían ni idea de dónde podía haber caído aquello, y como no te creían no te pidieron tampoco indicaciones demasiado precisas. ¿Es cierto? —De pronto la señaló con el dedo—. ¿Sabes bucear?

—Siempre fui campeona en el colegio.

—Muy bien. Mi hija, que pasa temporadas conmigo, tiene vestidos, más o menos de tu talla, en la habitación contigua. Puedes apropiarte los que más te gusten. También tiene un equipo completo de submarinismo con depósitos de oxígeno, y máquina para obtener fotos a grandes profundidades. No sé si tú te atreverás a emplear todo eso.

—¿Tiene coche?

—Un coche bastante rápido. Demasiado para mí.

—Entonces podemos llegar al lago al amanecer, y efectuar una inmersión antes de que aquel paraje se anime. Luego volvemos aquí. ¿Qué opina?

—Opino que eres una chica valiente —dijo el viejo doctor—, atraque, la verdad, preferiría cien veces que te hubieras equivocado, muchacha.

Las aguas del lago se mostraban radiantes, puras, al ser

atravesadas por los primeros rayos de sol.

Un tono suavemente dorado las cubría. A lo lejos se insinuaban los torreones y las tristes naves del colegio.

Lidia, que se sentía muy nerviosa al haber vuelto tan cerca del lugar de su fuga, optó por sumergirse inmediatamente. De acuerdo con sus indicaciones, Hutton había realizado complicados cálculos a fin de determinar el lugar exacto donde debía estar el objeto volador. Resultó un lugar sorprendentemente cercano a la orilla, donde los hombres rana no se habían tomado el trabajo de investigar siquiera.

La muchacha estuvo sumergida unos quince minutos.

Cuando regresó al lugar de la espesura en qué se encontraba oculto el coche, parecía muy pálida.

—¿Has visto algo?

—Sí. Pero la cámara lo habrá captado con más claridad.

—¿Es que has podido fotografiarlo?

—Ya lo verá.

Aquella noche, cuando Hutton reveló las tres placas obtenida por Lidia —dos defectuosas y una muy clara— lanzó un silbido.

—Nunca he visto un cacharro igual —musitó—. Ni en la Tierra ni en un lugar que no sea la Tierra.

Se trataba de una nave metálica casi redonda, pero de pequeño tamaño, con unas cinco yardas de diámetro solamente. La superficie reflejaba notablemente la luz. No tenía ventanas, ni aberturas al exterior, ni, al parecer, puertas.

Era el documento gráfico más asombroso que, sin duda, el viejo Hutton había tenido en sus manos. Estaba literalmente asombrado.

—Pero... ¡esto es fabuloso! ¡Esto puede hacerte rica si lo vendes a una revista, Lidia!

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—No olvide que hay un crimen de por medio.

—Bueno, eso no tiene que ver... En realidad sería una lástima que tú perdieses dinero. Y quizá podrías, al mismo tiempo aclarar el crimen. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Haré la oferta enviando la foto, a una nueva revista de gran tirada. Ya veré cuál es la más interesante desde el punto de vista

económico. Pero la oferta la haré por medio de un notario de la ciudad, que previamente habrá depositado una copia de la foto en sus archivos. De ese modo los de la revista no se atreverán a reproducirla sin pagar antes. Si lo hicieran, se sabría que la han publicado sin pagar derechos y la edición podría serles recogida, con el escándalo consiguiente. Puedes ganar con esto una montaña de dólares.

—Pero la policía me descubrirá.

—Eso sólo es relativo. En primer lugar, se darán cuenta de que no has mentido. En segundo lugar, ello les dará una pista muy certera sobre el asesino de Mary. Pero si deseas permanecer oculta unos días más, puedes pedir a la revista que te envíe el dinero a una determinada dirección postal y guarde el secreto durante treinta y seis o cuarenta y ocho horas. Quizá más. Lo harán porque les interesa.

Ahora la expresión del doctor Hutton ya había cambiado. Ahora ya creía perfectamente en seres vivos llegados desde más allá de los confines de nuestro planeta.

Una vez obtenida la conformidad de Lidia, se evaporó en su coche. Lidia quedó dueña de una casa donde había más de diez vestidos femeninos, todos aproximadamente de su misma talla, Eligió un conjunto gris que modelaba magníficamente su figura, se puso medias del mismo color y zapatos de alto tacón y salió al caminito que, desde la casa llevaba a la carretera principal. Parecía mucho mayor. Se había puesto también unas gafas ovaladas, y ningún policía, pese a las fotos que de ella circulaban, la hubiera reconocido.

Se situó en la parada del autobús interurbano y esperó. Tenía intención de regresar a la mansión de los Blayfair.

Su miedo había desaparecido.

Se sentía mucho más segura, pese a saber que iba a enfrentarse a un ser llegado de otro planeta. No cometería, ninguna imprudencia, sino que se limitaría a observarle de lejos. Cuando hablase con la policía, podría dar datos esenciales para su captura.

Intencionadamente pasó con el autobús más allá de la casa de los Blayfair. Se detuvo en una estación de servicio a tomar un café y fumar un cigarrillo. Hutton le había dado dinero, y ella quería hacer tiempo para esperar a que oscureciese.

Cuando iba a encender el cigarrillo, una mano apareció en su campo visual.

Era una mano distinguida y bien cuidada, la mano de un hombre joven que presta a cada detalle la atención debida. De ella surgía una llamita. Lidia vio el elegante encendedor entre los dedos, sonrió y prendió lumbre.

—Gracias —musitó.

El hombre correspondía a la impresión que la mano daba de él. Era joven, elegante, con ese color tostado sempiterno que tienen los que pasan los inviernos en Florida. Vestía con perfecta corrección, y su sonrisa era agradable y amistosa. Debía tener unos treinta años como máximo. Usaba gafas negras.

—¿La he molestado? —preguntó cortésmente él.

—No, de ningún modo.

Estaban a un lado de la barra niquelada, lejos de los otros dos clientes que en aquel momento consumían enormes cantidades de bocadillos con cerveza. El joven parecía estar allí por casualidad. Su mirada estaba fija en los ojos de Lidia, no demostraba interés por el resto de su cuerpo.

Lidia casi se sintió molesta ante la fuerza penetrante de aquella mirada. Temblaron los dedos que sostenían el cigarrillo.

—¿No tiene nada mejor que hacer? —preguntó con acritud—. ¿Por qué no deja de mirarme?

—Usted —dijo inesperadamente él—, es Lidia Barness.

Ahora temblaron no sólo los dedos, sino también la boca de Lidia.

—¿Qué dice?

—¿Va a negarlo?

A Lidia no le gustaba mentir. No le gustaban tampoco las situaciones equívocas. Por eso hizo un gesto de indiferencia.

—Suponga que lo sea. ¿A usted qué le importa? ¿Va a denunciarme a la policía?

—No, nunca haría una cosa así.

—¿Qué pretende entonces?

Él encendió un cigarrillo también.

—No tema, yo nunca haría una cosa así. Lo único que pretendo de usted, a cambio de mi silencio, es que me dé información de primera mano.

—¿Es usted periodista?

—No. Soy investigador privado. Trabajo en Houston.

—¿Quién le ha contratado? Los padres de Mary no han podido hacerlo. No tienen dinero.

—No, ellos no han sido, por supuesto. Trabajo para una compañía de seguros.

—¿Es que Mary se había hecho un seguro de vida? ¡Si era una niña! ¡Y además no podría contratar sin consentimiento de sus padres!

—Ellos le dieron ese consentimiento. Se trataba de un seguro global. Si un miembro de la familia moría, los demás cobraban medio millón de dólares.

De pronto un mundo siniestro, repulsivo, doblemente negro, se mostraba ante los ojos de la muchacha.

—Medio millón...

Era espantoso pensarlo, pero... podía haber sido así.

Mary fue enviada a la casa por un motivo trivial, como era apagar una bombilla aislada que debía consumir muy poco. La enviaron al anochecer, cuando podían haber aguardado hasta el día siguiente. Ni el padre ni el hermano de Mary, que tenían muchas horas libres, se ofrecieron a acompañarla, cuando tan fácil les hubiese sido. Parecía, aunque resultara odioso pensarlo, como si ellos mismos hubieran preparado el crimen. Como si hubiesen enviado a la pobre Mary a morir... por medio millón de dólares.

Aquella frase del hombre que tenía a su lado, aquella referencia al seguro de vida, lo cambiaba todo.

El joven susurró:

—¿Qué le sucede? ¿En qué piensa?

—En nada especial.

—Pues para no pensar en nada especial, su rostro se ha ensombrecido bastante. Yo juraría que quiere matar a alguien.

Lidia se volvió de repente hacia él.

—¿Es cierto lo del seguro?

—Lo prueba mi presencia aquí. Yo, personalmente, he sido encargado de investigar. La Compañía no pagará hasta que todo se aclare.

—¿Qué es lo que ha de investigar?

—Las circunstancias del crimen. La Compañía no pagará hasta

que todo se aclare. Es lógico, ¿no?

Aunque Lidia no entendía gran cosa de seguros, debía reconocer que todo aquello, en efecto, era muy razonable.

—¿Y a quién vigila?

—A los familiares de Mary. También es lógico. Son ellos los beneficiados, y el hermano de la muerta resulta un tipo, ¿cómo diría yo? muy vulnerable. Gasta sumas que están por encima de sus posibilidades. Tampoco sería increíble que hubiera matado a su hermana pensando en el medio millón de dólares.

—Eso es monstruoso. Avergüenza sólo pensarlo.

—Querida niña, se asustaría usted si supiera la de cosas que da vergüenza pensar y que sin embargo suceden.

—No me llame niña.

—Perdón. A veces uno no se da cuenta. ¿Otro café?

—No. Más bien prefiero que me diga qué es lo que ha averiguado hasta ahora.

El hombre extrajo una tarjeta postal en la cual se veía una gran ciudad, muy abigarrada, y rodeada de montañas achatadas que por los costados la ahogaban. Tenía una forma alargada, como si sólo pudiera extenderse en dos direcciones.

—Esto es Caracas —dijo el hombre—, una activa capital de un activo país llamado Venezuela. La postal la envía desde allí John Blayfair, es decir, el que actualmente es dueño absoluto de la mansión donde murió Mary. Hace muy poco, según he sabido, llegó otra postal de Brasilia, pero ésa la recogió la policía. Por lo visto se trasladó en avión a Venezuela, y desde allí escribió a los padres de Mary. Es una simple salutación. Les anuncia, como en la otra, su próximo regreso.

—¿Cómo la ha conseguido usted?

—Con malas artes. Confieso haberla robado del buzón de la casa de los padres de Mary.

—Dudo que eso signifique algo.

—No, la verdad es que en sí no significa nada —reconoció el hombre—. No obstante es evidente que quizá ése anunció del próximo regreso del amo hizo que se diera más prisa la persona que ya pensaba asesinar a Mary. Otra vez con la casa llena de servidumbre y con la vida normal reorganizada, sería casi imposible asesinar a la muchacha y achacar el crimen a un desconocido.

Guardó la postal, una vez la hubo examinado Lidia. —No, verdaderamente puede no significar nada, pero también es posible que la tarjeta que llegó desde Brasilia haya sido el resorte que movió la mano del criminal.

—¿Qué pinto yo en todo esto? ¿Qué puedo hacer?

—Nada, pero reconocerá que debe prestarme alguna ayuda a cambio de mi silencio. Supongo que vigilará usted la casa.

—Ésa es mi intención —susurró Lidia, hablando siempre con sinceridad.

—En tal caso le ruego que me dé cuenta de todo lo que vea. Simplemente eso.

Tendió una tarjeta donde estaba impreso un nombre: «Richard Conway», y una dirección de Houston.

—Éste es mi despacho. Espero que lo visite.

—¿No se quedará usted aquí?

—No me será posible permanecer en la región todo el tiempo, desgraciadamente. Tengo también otros asuntos a los que no puedo olvidar. Pero confío en que usted me tendrá informado, Lidia. Es un trato entre amigos.

—¿Y si no lo hiciera?...

—No se lo tome a mal, pero mi profesión es dura. Necesito su ayuda y estoy dispuesto a pagarle cuando el asunto termine. De lo contrario, podría decir como, por descuido, que la he visto aquí. No sé qué tiene que ver con todo esto, pero supongo que no le interesará tener que dar explicaciones a la policía.

Lidia dijo pesarosamente:

—No.

—Pues entonces infórmeme. Al fin y al cabo no es gran cosa lo que le pido.

Lidia hundió la cabeza.

—No, no es gran cosa.

Se sentía acorralada, hundida en las finísimas telas de una araña. Una red de complicaciones se iba formando en torno suyo. El doctor Hutton, aquel hombre, el propietario de la revista a quien serían enviadas las fotos... Todo el mundo guardando silencio y esperando sacar algún provecho de aquel crimen. Además estaba el enigmático ser llegado de otro planeta, y cuya presencia ella no pensaba mencionar.

El hombre dejó sobre la barra el importe de lo que Lidia y él habían tomado.

—Acepte mi invitación —susurró—, a cuenta de los beneficios. Y procure no olvidarme.

—No le olvidaré.

—Yo le daré facilidades para que me recuerde mejor.

Sin que ella se diera cuenta ni pudiese evitarlo, la estrechó por uno de los brazos y la atrajo fuertemente, apretándola contra su delgado y nervioso cuerpo. Sus labios la besaron ansiosamente, mientras Lidia hacía un gesto para retirarse. A pesar de las libres costumbres de los colegios norteamericanos, a ella no la había besado nadie aún. Como suele suceder casi siempre, el primer beso le pareció áspero y desagradable. Sucedió lo mismo que le había sucedido con el primer cigarrillo o con el primer *whisky*, lo cual no obstaba para que ahora un paquete de «Camel» o una botella de «Mok's» le parecieran cosas muy deseables. Lidia tuvo miedo.

El hombre la miraba desde muy cerca, ansiosamente, casi como un ave de presa que quisiera devorarla.

—No me olvidarás —susurró—. Sé que no vas a hacerlo.

Y salió del local.

Lidia necesitó pedir otro café, bien cargado, para empezar a reponerse.

Ya había anochecido del todo cuando penetró poco a poco en el jardín de la casa.

Todo estaba igual que en el momento en que vio a Mary. Los árboles copudos y silenciosos, cuyas hojas no eran alteradas ni por un soplo de viento, los helechos húmedos y misteriosos, poblados de susurros, la verja que se perdía de vista y se recortaba contra los mil relieves cambiantes de la noche.

Todo un mundo fantasmagórico, casi irreal, parecía palpar en aquella casa que ella no conocía.

Era evidente que la policía ya había abandonado todo aquello. No se oía el rastro de persona humana. No se distinguía nada que no fuera la naturaleza estática del jardín solitario.

Lidia avanzó hacia la casa.

Lamentaba ahora haberse puesto aquel vestido femenino y zapatos de tacón. La vez anterior había logrado huir gracias a su

calzado ligero y a sus «*blue jeans*», pero ¿qué ocurriría si ahora la perseguía el asesino de Mary? ¿Qué sucedería si el ser que había llegado desde otro mundo —y de cuya existencia ya no podía dudar— llegaba a perseguirla?

Pero estaba decidida a llegar hasta el fin.

Algo más fuerte que su miedo le daba fuerzas. Era el deseo de saber. Era el deseo de ver qué había más allá, lo que palpitaba en las entrañas dormidas de la casa.

Y el deseo de vengar a Mary.

¿Fue eso lo que le permitió llegar hasta la puerta? ¿Fue eso lo que le dio valor para empujarla?

La puerta cedió.

Aparentemente el fenómeno era inexplicable, porque no había duda de que la policía lo dejó cerrado todo. Pero la puerta había girado sobre sus goznes, y además silenciosamente. Ahora el vestíbulo, sombrío y quieto, aparecía ante sus ojos.

Lidia contuvo la respiración.

Fue allí donde tuvo su primer acceso de miedo real, de miedo casi invencible. Estuvo a punto de volver la espalda y echar a correr, pero le detuvo el pensamiento de que la oscuridad era también una aliada suya. Si se ocultaba tras una de las butacas y espiaba, podía ver muchos aspectos desconocidos de la casa sin ser vista ella misma.

Decidió entrar.

El silencio era espantoso.

Suavemente cerró la puerta a su espalda. La cerró sin un susurro, sin un chirrido.

Luego avanzó paso a paso.

CAPÍTULO VI

Las ventanas del vestíbulo arrojaban una débil luz. Gracias a ella podía distinguir los objetos. Avanzó hasta situarse tras el alto respaldo de una de las butacas de piel.

Desde allí escrutó las sombras.

Se sentía mucho más segura, y tenía la sensación de ser ella la que espiaba y dominaba al criminal, en lugar de suceder al contrario. Le parecía que, a no tardar, había de descubrir algo importante.

Pero el silencio y la quietud en el vestíbulo eran totales.

Parecía el interior de una tumba.

Lidia estaba quieta, respirando muy débilmente, y sus músculos se iban adormeciendo poco a poco, a causa de lo forzado de la postura. Llegó un momento en que necesitó cambiarla.

¿Y si se sentara en una de las butacas? ¿Por qué no? ¿Quién había de verla?

Sabía que había una a su espalda.

Tanteó, buscándola, y encontró uno de los brazos de la misma. Se dejó caer con cansancio.

Y entonces su cuerpo chocó con los relieves de otro cuerpo humano.

Las piernas de un hombre.

¡Se había sentado sobre alguien que había estado acechándola allí, quieto, a su espalda!

El horror fue tan intenso que paralizó la propia garganta de Lidia. Sus ojos desencajados sintieron como si todo el inmenso vestíbulo diera vueltas en torno suyo. Intentó levantarse, con una terrible reacción nerviosa.

No pudo.

Una mano la sujetaba... ¡mientras una uña gigantesca parecía avanzar hacia ella!

¡Una uña de acero, un instrumento curvo como no lo había visto jamás!

Ahora Lidia no podía ni gritar, ni respirar, ni moverse.

Se daba cuenta de la espantosa verdad.

¡Aquella especie de uña había arrancado el corazón a Mary! ¡Del mismo modo iba a morir ella!

Con esa fuerza que sólo la desesperación da, con ese vigor que es compañero de la muerte, Lidia saltó de costado, arrastrando en su impulso al desconocido ser que estaba tras ella. La butaca voló y los dos, con un choque sordo, rodaron por tierra.

CAPÍTULO VII

La zarpa metálica arañó el suelo, buscando el corazón de Lidia. Pero falló por unas pulgadas. El chasquido del mármol al ser arañado dejó un regusto horrible en la garganta de Lidia.

Pero ésta contaba ahora con una ventaja, y era su inmensa agilidad de muchacha acostumbrada a practicar el judo. En el suelo era menos vulnerable que estando de pie. Su cuerpo juvenil se tensó como un arcó, y un instante después saltaba por los aires.

La monstruosa uña la buscó inútilmente en el espacio.

Lidia cayó bruscamente de rodillas, sintió un susurro suave en una de sus medias, señal de que ésta se rompía, y se alzó otra vez con tanta velocidad como si la hubiera empujado una catapulta.

Desde el centro del vestíbulo, adonde la había llevado su segundo salto, miró en torno suyo.

El asesino estaba allí, a unos cinco pasos.

Era un ser humano, de eso no cabía duda, pero también le había parecido un ser humano el hombre que surgió del lago dando saltos de más de cincuenta yardas. Quizá los seres vivos de otro planeta eran, al fin y al cabo, como los hombres de la Tierra. Éste iba vestido con ropas negras, sombrero del mismo color y una máscara gris cubriéndole totalmente el rostro. Aquella máscara rígida y espantosa sólo mostraba dos rendijas a través de las cuales brillaban dos ojos inquietantes y negros. De la mano derecha brotaba una uña rígida y espantosamente larga, que el asesino movía suavemente al mover sus dedos.

Incluso en aquel momento terrible, cuando la muerte más espantosa estaba a cinco pasos, Lidia tuvo serenidad para reflexionar. Intentó calcular si las dimensiones de aquel extraño ser podían corresponder a las del hermano de Mary, al que sólo había visto en fotografía. Y se dijo que sí, podía ser él perfectamente... si se trataba de un cuerpo humano.

Una especie de ronquido partía de la garganta de Lidia.

No se daba cuenta de que su respiración era un estertor. No llegaba a darse cuenta tampoco del temblor convulsivo de todos los músculos.

Bruscamente el asesino atacó. Sólo tenía que saltar cinco pasos, e intentó ganarlos de una sola vez. Pero Lidia saltó también y corrió agitadamente por las escaleras. Se encontró en el piso superior sin darse cuenta. Abrió una puerta.

Y de pronto sus ojos se dilataron de horror, mientras su garganta emitía un chillido espantoso.

CAPÍTULO VIII

Acababa de ver el extraño traje espacial de color plata vieja que ya había distinguido dos veces, una saliendo del lago y otra en el vestíbulo de aquella misma casa. Un traje espacial encima del cual *no había ninguna cabeza*.

El estertor en el pecho de la muchacha se hizo obsesionante. Sus ojos desencajados lo veían todo como si los objetos estuvieran en un constante y loco movimiento. Con la puerta que acababa de cerrar pegada a su espalda, sin atreverse a retroceder ni avanzar, tardó casi un largo minuto en darse cuenta de la realidad, en volver a ser relativamente dueña de sus sentidos.

Notó entonces que, a causa de la oscuridad, no se había dado cuenta de que el extraño equipo espacial estaba puesto en un maniquí. Por eso había un vacío —ocupado sólo por un pequeño pedazo de madera—, allí donde el equipo terminaba. Y por eso su inmovilidad era tan absoluta.

La muchacha suspiró entonces, con un relativo alivio. Las cosas, vistas así, tomaban un aspecto más humano.

Recordó entonces que tenía una puerta a su espalda.

Y que por ella podía entrar el asesino.

Bruscamente se volvió y suspiró también con alivio al ver que había una llave en la cerradura. La hizo girar, cerrando herméticamente.

Pero nadie parecía perseguirla ahora.

El silencio de la casa volvía a ser total, espantoso.

Era un silencio más temible que cualquier ruido, porque quitaba humanidad a la atmósfera de la casa; la hacía parecer una tumba.

Había otra puerta en la habitación, sin embargo. Una fuerte sensación de irrealidad se apoderó de Lidia al avanzar hacia allí y tener que rozar casi el equipo espacial. Éste podía ser humano o podía no serlo. Lidia no tenía suficientes conocimientos de aquello

para poder comprobarlo. Su única intención, además, era asegurar también la otra puerta y buscar un teléfono desde el que pudiera llamar a la policía.

Cerró también con llave y se sintió más tranquila. Pudo suspirar con alivio por tercera vez. Nadie la atacaría allí, a menos que derribase las sólidas puertas.

Y antes de que eso sucediera, ella podría descolgarse por la ventana, que correspondía sólo a un primer piso.

¡Y además había un teléfono!

El blanco auricular pareció la salvación a la muchacha. Avanzó rápidamente hacia él.

Y de pronto se detuvo, con la mano en alto y la respiración anhelante.

¡Antes de que lo tocara, el teléfono se había puesto a sonar!
¡Alguien le llamaba!

CAPÍTULO IX

Lidia descolgó ansiosamente. Pensó que era una llamada del exterior y que eso le permitiría pedir auxilio.

—¿Diga? ¡Hable! ¡Hable!

Su voz ansiosa se perdió en un silencio sepulcral, un silencio sólo roto por cien extraños susurros.

—¡Hable, por Dios, hable! ¿Quién llama?

Nadie respondió.

Los susurros seguían repitiéndose.

Lidia retiró un momento el auricular, pegándoselo contra su pecho y siguiendo oyendo aquellos susurros. Se dio entonces cuenta de lo que sucedía. El viento, un vendaval repentino, sacudía los cristales de la casa, lo mismo en la planta baja que en la habitación donde ella se encontraba ahora. Ella había estado oyendo a través del auricular el ruido producido en la planta baja. La llamaban, pues, desde el interior de la casa, donde debía haber dos líneas telefónicas distintas. *Sin duda el asesino quería saber si aún continuaba allí...*

Lidia colgó lentamente.

Acababa de cometer un error. Ahora el asesino sabía que ella continuaba allí, que no había podido huir, y la buscaría ansiosamente.

De pronto escuchó, con todos los nervios en tensión, un nuevo sonido.

Alguien hacía girar el dial de otro teléfono correspondiente al mismo número del que ella tenía en la habitación. Es decir, una conexión del aparato que estaba al alcance de su mano. El giro del dial en el otro aparato producía un leve tintineo en el de Lidia, un tintineo más corto o más largo, según lo que el dial tardase en volver a su posición de partida. Por ejemplo al marcar el nueve se producía un sonido largo. Al marcar el uno, por el contrario, un

puntito de sonido apenas perceptible.

La muchacha escuchó con atención.

Pero aquello no tenía sentido. La persona que empleaba el teléfono estaba marcando muchas cifras Muchas. Ningún teléfono existente o por existir tenía una numeración tan larga.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué podía ocultarse tras un acto tan extraño?

Al fin la muchacha creyó comprender.

Aquellos timbrazos cortos y largos se parecían extraordinariamente a los puntos y rayas del alfabeto. Morse.

Daba la sensación de que alguien empleaba aquel artificio para transmitirle un mensaje.

¿Pero quién?

La muchacha quedó sin respiración al pensar en aquello.

¡Alguien que no podía hablar!

Con todos los nervios en tensión, a punto de lanzar un aullido de miedo, escuchó atentamente. El mensaje era siempre el mismo, y se repetía a intervalos. «Biblioteca». Luego otra palabra: «Baja». Y otras dos, éstas más tranquilizadoras: «No peligro».

Lidia vaciló, mientras su pecho subía y bajaba al compás de la alterada respiración.

Todo aquello, bien se daba cuenta, podía ser una trampa.

El asesino quizá empleaba aquel truco para obligarla a salir.

Pero también podía hacerlo el extraño ser llegado de otro mundo, en el caso de que no fueran la misma persona. También podía significar aquello una toma de contacto que excitaba hasta límites increíbles la curiosidad de la muchacha.

Ésta vaciló aún, apretando los labios, mientras el mensaje se repetía una y otra vez.

Al fin se decidió.

Abrió la puerta y avanzó a través de la casa en tinieblas, hasta la planta baja. Suponía que la biblioteca debía encontrarse allí. Y también sabía que el asesino podía haber captado el mensaje desde cualquier otro teléfono, si conocía el alfabeto Morse. O que podía ser el propio asesino quién había organizado aquella trampa. Pero cualquier peligro era preferible a sus terribles vacilaciones. Decidió correr la aventura.

Abrió del todo una puerta a través de la cual se veían al fondo,

unos estantes con libros. Vio que había una pantalla encendida. Sin duda alguien había vuelto a dar la conexión eléctrica. Junto a esa pantalla, en una butaca, estaba sentado un hombre.

Lidia reparó en que sus ropas oscuras podían muy bien ser las que ella había visto en el asesino. Pero el ser que ahora estaba sentado en la butaca no llevaba el rostro cubierto, ni de una de sus manos partía aquella uña monstruosa. Sus facciones eran perfectamente normales para un terrestre, e incluso atractivas. Muy atractivas incluso, se dijo la muchacha. Pero ella había leído que para una inteligencia superior llegada de otro planeta, no es difícil conseguir una apariencia humana. Y había visto en la televisión programas en que también se presentaba ese mismo caso.

No podía fiarse, no podía creer tranquilamente que todo aquello era real, después de lo que sabía y había visto.

Durante algunos instantes los dos permanecieron en silencio, en un silencio casi fantasmal, lleno de incredulidad, mientras se miraban fijamente.

Lidia debía reconocer que él tenía una perfecta apariencia humana. Y trataba de captar el hecho, el detalle significativo que le permitiera adivinar su verdadera naturaleza.

¿Los ojos? No, los ojos eran normales. También lo eran las manos. ¿Y la voz? ¡Eso es, la voz! ¡Él no podía hablar!

—¿Por qué no me pregunta algo? —preguntó Lidia—. ¿Quién es usted?

Los dedos del ser que ella tenía enfrente tabalearon sobre la mesa, en una veloz sucesión de rayas y de puntos.

«No me denuncie».

—No pienso hacerlo. ¿Por qué no habla?

«No puedo».

—¿Conoce mi idioma?

«Todos, pero sólo escribiéndolos».

—¿Llegó en un objeto volador que está en el fondo de un lago?

«Sí».

Una fuerte sensación de irrealidad se apoderaba del espíritu de la muchacha. No podía creer en lo que sus ojos estaban viendo. Creía vivir una alucinación.

—¿De dónde viene?

«Usted no lo conoce».

La muchacha sentía vértigo. Todo su valor de minutos antes se esfumaba. Creía vivir por un momento en las fronteras del mundo, al borde mismo de la realidad. Sus sienes zumbaron, y supo que si aquello continuaba se desmayaría.

Los dedos tabalearon otra vez.

«No tenga miedo».

—Quiero irme... ¡Quiero irme!

«No diga a nadie esto. No diga que me ha visto».

Lidia ya apenas captaba las señales del Morse. Todo daba vueltas en torno suyo y sentía náuseas. Le dio horror pensar que se desmayaría de un momento a otro.

Vacilando, se puso en pie.

—Quiero irme...

Él le señaló la puerta. No hacía el menor gesto brusco, ni ofensivo, nada que pudiera sobresaltar a Lidia.

—¿Me... deja ir?

«¿Por qué no?».

—¿Y si le denuncio?

«Peor para todos».

Él respondió rápidamente. Y ella, a causa de sus nervios sobreexcitados captaba el Morse con más facilidad que nunca.

Avanzó hacia la puerta.

Ésta le pareció increíblemente lejana.

Tenía a su espalda el extraño ser con el que acababa de sostener aquella conversación inexplicable. Temía que en cualquier momento asomara su verdadera naturaleza, que él saltase sobre su espalda con la monstruosa uña. Sus propios pasos le crispaban los nervios.

Sólo faltaban cuatro yardas para la puerta. Tres. Dos...

Ella no había recordado preguntarle si era él el asesino de Mary. No se atrevía a preguntarlo ahora.

Empuñó el pomo de la puerta.

Nada sucedía.

Abrió de pronto, lanzando un gemido, y corrió de nuevo entre las sombras, tropezando con los helechos, avanzando entre las tinieblas locamente.

Hutton estaba satisfecho. Había encendido una pipa, y parecía haber perdido por unos momentos aquel aspecto desorientado que

parecía ser habitual en él.

—Estuve en la notaría —dijo—. Delante de mí se cursó la carta urgente. He dado como dirección para la respuesta una caja postal que tengo alquilada en Houston. Mañana mismo hemos de ir con el coche a ver lo que han dicho.

—Yo no puedo acompañarle.

—¿No? ¿Por qué no?

—No olvide que me buscan.

—¡Bah, eso es una tontería! Vestida de ese modo y diciendo que eres mi hija, nadie recelará de ti. Quiero que vengas conmigo porque es posible que haya allí una buena cantidad de dólares. Podemos estar de regreso en unas horas.

La expresión reconcentrada de Lidia le hizo volver a la realidad del momento presente.

Ella respondió apenas con un soplo de voz.

No tenía fuerzas.

Pero lo explicó todo, sin omitir detalle. Explicó su encuentro con el investigador privado llamado Richard Conway, su visita a la casa, su encuentro con el asesino, el mensaje Morse y su conversación, o más bien monólogo, con el ser que decía llegar de otro planeta.

Hutton la escuchaba con tremenda atención.

Sus ojos detrás de las gruesas gafas, aparecían entrecerrados. Sin duda hacía un gran esfuerzo de concentración para ver la situación claramente.

—Todo esto significa que los asesinos de Mary pueden ser sus propios familiares —recapituló al fin—. El hecho sería monstruoso, pero no nuevo. Y existiendo en la familia un elemento desordenado, como el hermano de la víctima, el hecho me parece incluso siniestramente lógico. También el asesino pudiera ser el extraño ser con quien tú hablaste. ¿Qué opinas de él?

—Es muy difícil de opinar. Estaba tan confundida que no acertaba a pensar con claridad. Incluso sentía vértigo.

—Pero en el fondo de tu corazón, ¿qué opinas?

—Yo creo que es un hombre.

—¿Un hombre real?

—Justo. Un hombre como usted.

—Entonces se trataría de un *bluf*, de una mentira.

—Exacto.

—¿Y por qué iba a mentir?

—No sé, no lo comprendo. Cada vez soy más incapaz de penetrar en el fondo de este asunto.

Hutton hizo un gesto de impaciencia.

—¿Olvidas el objeto volador que tú misma fotografiaste?

—No, no lo olvido. E incluso daba la verdadera sensación de que aquel hombre —vamos a llamarle así—, no tenía voz humana. En aquel momento yo le creía. Pero luego he tenido la sensación de que me estaba engañando.

Hutton decidió de repente:

—Eso pronto lo sabremos.

—¿De qué modo?

—Voy a ir a esa casa.

—¿Está loco? ¿No le he dicho que intentaron matarme?

—De acuerdo, pero nadie tiene interés en liquidar a un viejo chiflado como yo. Aparte de ello, correré ese riesgo.

—¿Y qué espera lograr?

—Si ese hombre, sigamos llamándole así, procede de otro planeta, será de una inteligencia superior a la nuestra. Problemas matemáticos que a nosotros nos parecen casi insolubles, a él le resultarán sencillos.

—Supongamos que sí. ¿Y qué?

Hutton señaló las máquinas calculadoras que a Lidia ya le habían llamado la atención la primera vez.

—Mi trabajo me obliga a cálculos constantes —explicó—. Tengo que plantearme problemas y fórmulas de una complejidad aplastante. Pese a ser profesor de Ciencias Exactas, muchas veces no consigo resolverlos. Tengo principalmente una de cálculo infinitesimal que ni el consejo de profesores de la Universidad de Montgomery, adonde fui el otro día, pudo resolver. Si ese individuo es un farsante, no podrá ayudarme. Si realmente procede de otro mundo más inteligente, para él será un juego de niños resolver la fórmula.

Lidia reconoció, en su interior, que podía ser una prueba concluyente.

—Pero corre peligro —insistió.

—Mi curiosidad científica es superior a todo lo que tú me digas, muchacha. Estoy decidido a ir.

Se puso en pie, se colocó mejor sus gruesas gafas, y salió de la habitación, dejándola espantosamente sola.

El viejo profesor avanzaba por el jardín solitario. No sentía miedo, sino únicamente una curiosidad más fuerte que sí mismo, un ansia de saber que ya se transformaba en auténtica obsesión. Sus descubrimientos científicos, la mayor parte de ellos carentes de sentido práctico, le habían dado fama, pero no dinero. Su esposa, años antes, le había abandonado, porque no quería vivir con un hombre cuyo único amor era la ciencia, y para el cual ni la esposa ni el dinero importaban. Su hija iba a verle a temporadas, mitad por cariño, mitad por caridad. Había llegado a vivir en un mundo solitario y abstracto donde sólo la ciencia importaba, y en nombre de la ciencia corría ahora aquella aventura.

¡Hablar con un ser llegado de otro planeta! ¡Ser el primer hombre que lo consiguiese!

Sólo esa perspectiva le llenaba de fiebre. Era, en cierto modo, como un adolescente que hubiera llegado a tener una cita con Sofía Loren. No era dueño de sí mismo.

Llegó ante la puerta de la casa. Hizo girar el pomo y empujó. La hoja de madera cedió suavemente.

Se encontró en un vestíbulo enorme y oscuro, donde los relieves de los muebles destacaban solamente a causa de la débil luz lunar que penetraba a través de los grandes ventanales.

Hutton miró hacia arriba, hacia lo alto de las solemnes escaleras de piedra.

Arriba, en el vestíbulo superior, una extraña luz brotaba de una de las puertas entreabiertas.

Era una luz fosforescente, espectral.

Era como ese siniestro resplandor que el fósforo despiden los muertos cuando se descomponen, pero multiplicado por cien, por mil veces.

Era como un resplandor del otro mundo, algo que no parecía de nuestro planeta.

Pero Hutton no tuvo miedo.

Subió.

La postal no representaba ahora una ciudad alargada y nutrida de audaces rascacielos como la que el hombre del parador había

enseñado a Lidia. No era Caracas, Venezuela. Representaba, por el contrario, una ciudad apacible y con el aire señorial y recoleto de muchos lugares hispanos. Una plaza tranquila, rodeada de casas bajas, acariciadas por el sol. Parecía sentirse también en aquella casa, no se sabía por qué el frescor de la brisa marina. Morrison, que aún estaba en su despacho a aquellas horas, la miró con envidia. Él odiaba Luisiana, cuya tierra y cuyas aguas cenagosas conocía demasiado bien. Pero su sueldo no le daba para viajar a Centroamérica.

—Costa Rica —musitó—. Tranquilo país. Y uno de los más estables de Iberoamérica, sí, señor. ¿La acaba de recibir ahora?

El padre de la difunta Mary inclinó la cabeza temblorosamente.

Era un pobre hombre hundido, cabizbajo, a quien el luto envejecía horriblemente. Señalaba la postal como si aquello fuera una prueba decisiva.

—San José de Costa Rica... —musitó—. Se la he traído enseguida. Eso indica que el señor John Blayfair acaba de llegar allí.

—De acuerdo, pero no veo que eso tenga nada que ver con el crimen.

—Es que quisiera que ustedes se pusiesen en contacto con él... Ustedes tienen medios, pueden hacerlo fácilmente... No quiero que piense nada malo de nosotros cuando vuelva... Los crímenes no le pueden gustar nada a un hombre tan importante como el señor John Blayfair... Según lo que pensara sería capaz de despedirnos y yo preferiría que ustedes le advirtieran de que...

Morrison pareció escupir las palabras.

—Amigo mío, es usted un pobre hombre.

—Lo comprendo... Pero siempre he estado al servicio de los Blayfair, señor inspector. No he conocido el mundo lejos de aquella casa.

—¿Y su hijo? —preguntó de repente Morrison—. ¿Qué es lo que piensa su hijo de esto?

—Él es diferente.

—Ya lo imagino, ya... Pero quisiera hablar con él. ¿Dónde puedo verle?

—Casualmente está en el antedespacho. Me ha traído aquí en su nuevo coche.

—¿Su nuevo coche? ¿De qué trabaja?

—Yo tengo una pequeña industria de pipas de artesanía. Él me ayuda. No es una cosa que dé mucho dinero, porque carezco de sentido comercial. Otros me distribuyen el producto y son ellos los que ganan.

Morrison hizo un gesto dubitativo. Se acercó a la ventana del despacho y vio estacionado ante el edificio, bajo la suave línea de palmerales, un «Jaguar» inglés. Era un coche caro, un coche de narices. Un tipo que ayuda a su padre a fabricar pipas no puede comprar eso.

—¿Cómo lo ha conseguido? —Gruñó.

—Bueno, el coche es de una amiga... Mi hijo tiene mucha suerte entre las mujeres, ¿sabe? Incluso ellas le dan dinero a veces. Ella le ha prestado ese coche, pero mi hijo tiene algo así como una opción de compra. Si le gusta se lo quedará.

—Es decir, que lo está probando, ¿no?

—Eso es.

—¿Quizá su hijo espera ganar mucho dinero próximamente?

—No lo sé. Su vida es un misterio, créame. Pero él vive bien, mucho mejor que todos nosotros. Los jóvenes son distintos ahora. Yo nunca le pregunto nada.

—Pues yo voy a preguntarle —gruñó Morrison.

Pasó al antedespacho. El hermano de Mary estaba sentado en el largo banco adosado a la pared. Pantalones ceñidos, chaqueta ondulada y cabello negro muy brillante. Tez morena y labios sensuales. Expresión que quería ser de niño. El típico chulo que gusta a las damas otoñales, amantes del desenfreno sexual y que además se disculpan ante sí mismas diciendo que protegen y hacen de madres para un pobre joven a quien sólo ellas comprenden. Un verdadero zorro, pensó Morrison. Aquellos tipos le daban una mezcla de asco y de envidia.

El joven sonrió con una expresión que quería ser triste.

—Hola, inspector. ¿Qué hay?

—¿Tú vas a comprar ese coche?

—No lo sé aún. Depende de los negocios.

—¿Qué negocios?

—Voy a vender una casa por cuenta de una señora amiga mía. Si lo consigo tendré una buena comisión. Y entonces lo compraré.

Morrison pensó que necesitaba retener a aquel pájaro para interrogarlo con calma. Buscó un pretexto.

—Has aparcado tu coche mal, muchacho —dijo—, y me parece que estás fichado por conducir en estado de embriaguez. Esto, aunque parezca una tontería, te puede costar un disgusto.

—¡No es cierto! ¡No tengo ficha!

—Puede, pero voy a retenerte aquí mientras lo comprobamos. Cuestión de horas solamente... si tienes suerte. —Se volvió hacia el padre de Mary—. Usted váyase, no se preocupe. Se lo devolveremos sano y salvo. Pero estos jovenzuelos a los que no vigilan sus padres, tiene que acabar por vigilarlos la policía.

Hizo una seña a uno de sus agentes y volvió al despacho para pensar en el interrogatorio. No le parecía descabellado pensar que aquel buitre tuviese algo que ver en la muerte de su hermana. Tomó la postal que John Blayfair había enviado desde Costa Rica y la guardó en uno de los cajones con gesto de indiferencia.

—¡Lidia! ¡Lidia!

La voz parecía llegar desde muy lejos, parecía atravesar las misteriosas barreras del sueño. Lidia que había quedado dormida en el diván, se incorporó pesadamente, con una brusca sensación de pesadilla. Las gafas de Hutton inclinado sobre ella, le parecieron los ojos de algún monstruoso pez.

—¡Lidia!

—¿Qué... ocurre?

—¡Tenías razón! ¡Es un ser de otro planeta!

Lidia estuvo a punto de dar un brinco. No comprendía cómo Hutton podía hablar con expresión de triunfo de algo que a ella, la llenaba de pánico.

—¿Qué... dice?

—Ahora estoy seguro, muchacha.

—Por favor, cuénteme lo que ha sucedido.

—Te advierto que la casa, vista desde fuera, causaba un cierto pavor... Cuando yo subí las escaleras de la casa, de una de las habitaciones de ésta se desprendía una luz fosforescente. Era algo tan irreal, tan extraño, que por un momento pensé detenerme. Pero seguí adelante, y de pronto aquella luz se extinguió. Él parecía esperarme. Llevaba una especie de traje espacial, algo que yo no había visto nunca.

—¿No le explicó de dónde provenía aquella luz?

—No, ni yo se lo pregunté. Reconozco que estaba aturdido.

—¿Qué aspecto tenía?

—Completamente humano, aunque llevaba una especie de casco que hacía casi invisibles sus facciones.

—¿Y... de qué hablaron?

—Fui yo quien empecé. Le dije que no debía tener miedo. Que era algo así como pariente tuyo. Y que si era cierto que él provenía de otro planeta, quizá pudiera ayudarme. Reconozco que en el mismo momento de decir eso me parecían increíbles mis propias palabras. Pero él no se inmutó.

—¿Qué hizo?

—Me contestó por Morse, tabaleando con los dedos, que trataría de ayudarme. Nada más. Ni afirmó ni negó ser de otro planeta.

Excitadamente, Hutton se sentó en un borde del diván. No se fijó en la generosidad con que Lidia, en su turbación, exhibía las piernas. Para él sólo existía aquel misterio insondable que había tenido la suerte de desvelar.

—Yo le tendí mis papeles con la fórmula matemática —prosiguió Hutton lleno de nerviosismo—. Creí que ni la entendería, porque en la Universidad de Montgomery los especialistas tardaron en hacerlo. Era una fórmula complicadísima de geometría del espacio, con siete variantes. Él echó al conjunto una simple ojeada y me hizo luego un signo como pidiéndome algo para escribir. Le di mi pluma y escribió tranquilamente, como si alguien le dictase. Aquello no era difícil para él. ¡Lo hacía tranquilamente! Al cabo de ocho minutos escasos casi a la velocidad de una máquina electrónica me daba la fórmula resuelta y el resultado exacto. ¡Era increíble! ¡Después de eso no me cabe ya duda de que es un cerebro superior, de que no procede de nuestro mundo!

Lidia estaba literalmente atónita.

No podía poner en duda las palabras del profesor Hutton, y ahora, de repente, sólo al pensar que había hablado con un ser extraterrestre, la aturdía el miedo. Sentía ahora un pavor que no había sentido cuando estaba junto a él; algo que la paralizaba.

—¿Qué... le preguntó luego?

—No tuve valor para preguntarle más. De pronto me entró una impaciencia terrible por comprobar los cálculos y echó a correr. He

hecho la prueba con las máquinas electrónicas, mientras tú dormías... ¡y son exactos! ¡Ese diablo no se ha equivocado ni en una cifra!

La muchacha sólo pudo susurrar:

—¡Dios santo!

—Hay algo más.

—¿Sí?

—Cuando me iba, me llamó golpeando la barandilla con sus dedos. Yo capté el mensaje. Me daba la continuación de la fórmula para calcular un ángulo de incidencia que a mí me había estado preocupando durante meses. Algo que se me aparecía como una nebulosa... y de repente, con sólo unas cifras suministradas por él, todo ha sido sencillísimo. Trabajando a base de esas cifras en las máquinas calculadoras, en sólo diez minutos he hecho lo que me hubiera costado semanas y semanas de esfuerzos.

El asombro de Lidia aumentaba, pero también aumentaba su miedo. Todo aquello era superior a su capacidad de comprensión. Se sentía abrumada.

—Lo que me inquieta... —susurró, dando libre curso a sus pensamientos—, es saber si realmente tendrá forma humana.

—¿Quieres decir si en realidad estará compuesto de una sustancia viscosa o algo parecido?

—Sí.

—Bueno, es posible —reconoció Hutton—. Todo eso es posible, muchacha.

Lidia temblaba de miedo. Pensaba que estaba solamente a tres millas de aquel extraño ser. Podía presentarse allí, destruirlos con sólo un gesto. Los saltos que le había visto dar no se le borraban de la memoria.

—¿Y si él fuera el asesino de Mary? —balbució.

—También es posible.

—¿Por qué, entonces, no me hizo nada a mí?

—La conducta de esos seres súper-inteligentes escapará siempre a nuestra capacidad de comprensión —susurró Hutton—. El granjero que tiene docenas de gallinas y cada día aparta unas cuantas para su sacrificio y venta, obra con arreglo a una lógica y un plan que le parecen muy sencillos, pero las gallinas no comprenderán nunca por qué mata a unas y deja vivas a otras, a

veces durante mucho tiempo. He de suponer que ese extraño ser no siente el menor respeto por la vida humana, pero por alguna razón que yo desconozco, tú le eres útil o simpática, igual que yo. Quizá piense servirse de nosotros de algún modo. Quizá piense luego matarnos, no lo sé.

—¿Y lo dice con esa indiferencia?

Hutton se encogió de hombros.

—Yo casi no tengo la menor duda de que él mató a Mary, pero en ese caso, habríamos de considerar la muerte de esa pobre chica como un accidente beneficioso para la ciencia. Igual trató de matarte a ti, pero luego le interesaron tus reacciones.

Lidia temblaba literalmente, de pies a cabeza.

Todo aquello podía ser muy científico, pero a ella le helaba la sangre en las venas.

—Tenía unos ojos muy azules y muy limpios... —susurró—. Su mirada no era cruel, sino al contrario... casi compasiva. ¿Cómo puede matar alguien que posee unos ojos así? —musitó—. ¿Cómo puede...?

Casi lloraba. Estaba al borde de un ataque de nervios.

Hutton, siempre sin darse cuenta de los fenómenos humanos, murmuró:

—Ah, lo olvidaba. Alguien trató de seguirme.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No lo sé. Pude darle esquinazo.

—¿Se da cuenta de que podría ser un policía? ¡En tal caso yo tendría complicaciones terribles!

—Ya te he dicho que le di esquinazo. Y ahora duerme. No te preocupes, no debes sufrir por nada. Mañana iremos en el coche a Houston. Sin duda ya tendremos respuesta de la revista.

En efecto, a la mañana siguiente, muy temprano, salieron para Houston. El profesor conducía distraídamente y con excesiva velocidad. Lidia prefirió tomar el volante ella misma, temblando cada vez que se cruzaban con la policía de tráfico.

Conduciendo siempre hacia el sudoeste por las espléndidas autopistas que bordeaban el Golfo de Méjico, llegaron a la capital tejana cerca del mediodía, dirigiéndose enseguida a la casilla postal de Hutton.

Allí estaba la respuesta de la revista. En un sobre había un

cheque cruzado por valor de cinco mil dólares, y una nota donde se indicaba un número confidencial de teléfono. La revista compraba la fotografía en firme, pero al propio tiempo hacía una oferta. Llamando a aquel teléfono, se presentarían enseguida dos hombres rana provistos de equipos especiales para filmar, un fotógrafo normal y dos redactores. La revista ofrecía diez mil dólares más por tener la información exclusiva de la recuperación del objeto volador, y se comprometía además a dar la máxima difusión científica al nombre del profesor Hutton.

Los ojos de éste brillaban.

—¿Qué te parece? ¡Por primera vez la ciencia sirve también para ganar dinero! ¡Yo le demostraré a la estúpida de mi mujer que estaba equivocada! ¿Qué hacemos, Lidia? Yo sólo quiero el treinta por ciento de beneficios. ¿Aceptamos?

Lidia movió la cabeza afirmativamente.

Cuanto más miedo tenía, más deseaba que mucha gente se mezclase en aquella aventura. Le asustaba pensar que estaba sola, sin más defensa que la del despistado profesor Hutton. Además, al descubrirse todo aquello, proclamaba a los cuatro vientos que ella tuvo razón y que hizo bien al huir del colegio.

Hutton se precipitó hacia un teléfono público. Tenía una alegría radiante, casi infantil.

No se dio cuenta de que, cerca de ambos un hombre no perdía uno solo de sus movimientos. Era un hombre a quien hubiera reconocido fácilmente. Lo había visto de una manera fugaz la noche anterior, en el jardín de los Blayfair. Él creía haberle dado esquinazo, pero desde entonces aquel tipo no se había separado de él, más allá de veinte yardas.

Y cuando el profesor salió, él penetró seguidamente en la cabina telefónica.

Era un individuo delgado, sinuoso, con ojos de halcón. Se notaba en él al hombre ambicioso que, por una causa u otra, está quejoso de la vida.

Marcó el número de la redacción de Houston de uno de los dos periódicos más importantes de Nueva York.

Su frente estaba cubierta de arrugas de preocupación, pero también de gotas de sudor frío causadas por el miedo.

CAPÍTULO X

Una voz aburrida, monótona, la típica voz del redactor de guardia, le respondió desde el otro lado del cable:

—Oye, Tuck... Soy Frank.

—Creí que te habías muerto.

—He estado toda la noche vigilando la casa... Y he averiguado algo. Algo que da escalofríos.

—No me digas que tienes el reportaje del siglo porque ya lo has dicho otras veces. Y en la central de Nueva York no se lo traga nadie. Y a mí mismo me duelen los riñones de tanto como me carcajeo. Si no estuviera sentado en un sillón y con las patas sobre la mesa, me caería redondo a tierra.

—Oye, Tuck, esta vez es cierto. No estoy borracho como el día que aseguré haber descubierto al verdadero asesino del presidente Kennedy. Después de pasar una noche al raso uno tiene las ideas demasiado claras... Habla tú con Nueva York y di que me reserven la primera página de la edición de mañana. Pido diez mil dólares por la información. Pero los vale.

—Oye, muchacho, ahora sí que creo que...

—¡Hazlo! ¡Te lo pido como amigo, Tuck! ¡Hazlo!

—Bueno, no te digo que no. Pero como jefe de la redacción en Houston tengo mis responsabilidades. No puedo decir así, por las buenas, que mañana se carguen una página. ¿Por qué no vienes a verme y eres un poco más claro? Total debes estar a unas dos millas máximo. ¡Hala! ven y trataremos de esto.

—De acuerdo, pero no puedo perder tiempo. El hombre a quien sigo se ha sentado en la barra de un «*drugstore*» que está enfrente de mi cabina. Parecen esperar a alguien. Si me entretengo más de media hora, me expongo a perderlos.

—No te entretengas más de cinco minutos. Ven, te espero.

Tuck colgó.

El llamado Frank esparció su mirada de halcón por los alrededores. No, no estaba lejos del bloque de oficinas donde radicaba la redacción en Houston. Valía la pena convencer a Tuck, porque luego el «New York Times» pagaría. ¡Vaya si pagaría!

Corrió a la parada de taxis.

Cinco minutos después penetraba en el gran vestíbulo del bloque. Caminó hacia los ascensores. Y fue allí donde tropezó por primera vez con la mirada fría, inhumana, de aquellos ojos azules.

CAPÍTULO XI

Frank había vivido mucho, y no siempre en los mejores ambientes. No era cronista de sociedad y comentarista diplomático, sino repórter de sucesos. Pertenecía a esa rama del periodismo en que un redactor necesita tener casi tanta astucia como el criminal. Y enseguida se dio cuenta de que aquellos ojos azules le miraban a él, solamente a él, y de que su dueño —un individuo alto, enigmático, parecido a una sombra—, estaba allí justamente porque le había seguido.

Frank no comprendía la razón de todo aquello, pero sintió miedo. Su desconfianza y su instinto de defensa se pusieron en guardia.

Aquel individuo podía ser un criminal, pero también podía ser un competidor. En un caso u otro, convenía darle esquinazo. Fue hacia el quiosco de periódicos del vestíbulo, procurando perderse de vista y el otro le siguió. Ahora Frank ya no tuvo la menor duda.

¿Pero por qué aquellos ojos azules le producían una tan rara sensación de frío? ¿Por qué parecían atravesar su piel?

Se sentía dominado por un extraño desasosiego, por una inexplicable impaciencia. Nunca Frank había sentido tanto miedo como entonces. Intentó hallar, casi desesperadamente, un sitio donde ocultarse.

Recordó entonces una combinación. Él había estado varias veces en el edificio. Atravesando los lavabos para caballeros, existía una puerta y más allá un ascensor de servicio. Fue hacia allí con paso veloz y atravesó el recinto embaldosado de blanco. El hombre de los enigmáticos ojos azules no sabía si se había encerrado detrás de una de las puertas. Perdería en averiguarlo varios minutos preciosos.

Frank entró en el ascensor. Lo abrió con mano febril.

El interior estaba oscuro. Encendió la luz mientras pulsaba el

botón del piso nueve.

Y fue entonces cuando vio aquel ojo.

Aquel ojo siniestro, enorme, inexplicable, que parecía mirarle con la fuerza del Más Allá.

Fue entonces cuando vio la monstruosa uña.

Y fue entonces cuando supo que iba a morir, cuando se dio cuenta de que el horror mismo estaba con él, encerrados los dos en la estrecha cabina y de que sería inútil que aullase como un perro.

Sintió un dolor lacerante, terrible, cuando su corazón fue atravesado por la uña.

Pero no gritó. Sólo se deslizó hacia el suelo con una expresión de infinito horror clavada en el fondo de los ojos.

CAPÍTULO XII

Para el olvidado y solitario profesor Hutton aquél era el momento más importante de su vida. Junto a la orilla del lago, en un lugar a cubierto de las miradas de los curiosos, se había concentrado una cámara de filmar que funcionaba sin descanso: dos hombres rana provistos de equipos de gran profundidad y máquinas tomavistas especiales, un repórter que no cesaba de hacer preguntas y un potente magnetófono que recogía fielmente todas las impresiones.

Aquel material, vendido luego a los diarios, la radio y la televisión, significaría una fortuna. Hutton podía haber pedido más de los diez mil dólares ofrecidos, pero para él eso tenía una importancia secundaria. Lo esencial era que, por primera vez, su rostro y su nombre darían la vuelta al mundo. Por primera vez estaría unido a un verdadero, un fabuloso descubrimiento científico.

Los hombres que habían de sumergirse estaban preparados. Uno de ellos preguntó:

—¿Es éste el lugar exacto?

—Sí, no hay duda.

—Yo me sumergí la primera vez —confirmó Lidia—. Me acuerdo perfectamente del sitio porque veía en línea recta aquel eucalipto gigante. Si nada en línea recta veinte yardas y se sumerge otras treinta, caerá justamente encima del artefacto. No puede equivocarse.

Los dos hombres se sumergieron con sus cámaras. La tensión era creciente, llegaba a hacerse casi insoportable. El silencio y el secreto que los rodeaban daban a aquella experiencia el sabor de una aventura que podía ser macabra.

Pasaron diez minutos.

—¿Cuánto tardaste tú? —preguntó Hutton.

—Unos quince. Tal vez más.

Pasaron quince, veinte, media hora.

Al fin reapareció el primer submarinista. Luego el segundo.

Avanzaron penosamente y se quitaron los cascos. Luego dirigieron a Hutton una mirada cargada de desdén, quizá de odio.

—¿Qué ocurre? —musitó éste—. ¡Creí que no volvían! ¿Lo han filmado ya?

—¡Granuja! —gritó uno de ellos—. ¡Ha querido engañarnos miserablemente! ¿Qué es lo que habíamos de filmar? ¡Abajo no hay nada!

CAPÍTULO XIII

Otra vez las autopistas que bordean el Golfo de Méjico. Otra vez las extensas líneas de palmeras, las playas doradas y solitarias bajo el sol, las damas otoñales que se bronceaban las piernas en las terrazas de los cafés y las pequeñas ciudades que ya se preparaban para la temporada de verano.

Lidia y el profesor Hutton hacían de nuevo el trayecto pero al revés, rodando ahora en dirección noroeste, para dirigirse a Houston.

Las facciones del profesor eran sombrías. Estaba como avergonzado de vivir. Lidia no recordaba haberle visto nunca de aquel modo.

—Ha sido bochornoso —susurró—, pero no me lo explico. ¡No me lo explico de ningún modo!

—El lugar donde se sumergieron era el mismo —murmuró Lidia, con la vista fija en la recta de la carretera—. Yo lo conocía bien, y además yo misma vi el objeto volador. ¡Y obtuve aquellas fotografías!

—La revista tiene técnicos —dijo Hutton tristemente—. Ellos debieron comprobar que la foto no era un trucaje, cuando decidieron pagarnos aquella suma. Menos mal que no habíamos gastado ni un céntimo de ella. La hemos devuelto y en paz.

—No, en paz aún no —susurró la muchacha—. ¿No ha oído lo que nos han dicho? Nos han acusado de emplear trucajes fotográficos que aún son desconocidos. Ha dicho que nos denunciarán a la policía si no justificamos nuestra actitud antes de veinticuatro horas. Yo estoy asustada. Si me acusan de visionaria por dos veces, es seguro que pasaré meses y meses en una clínica siquiátrica.

—Tú no eres una visionaria. Yo mismo aseguraré que vi a aquel ser venido del otro mundo.

Lidia le miró tristemente, desviando un instante su atención de la carretera.

—Gracias, profesor, pero... ¿no le consideran también a usted un poco como un visionario?

—Quieres decir que mi ayuda no te sería demasiado útil, ¿verdad? Que nos someterían a observaciones a los dos.

—Creo que corremos ese peligro, profesor.

Él se mordió los labios.

—Yo también estoy de acuerdo contigo —dijo al cabo de unos instantes—. Desgraciadamente las cosas son como tú dices. ¿Pero a qué vamos a Houston? ¿Qué pretendes encontrar allí?

—Conocí por casualidad a un investigador privado —susurró ella—. Fue en un parador de la carretera que está cerca de la mansión de los Blayfair. Se llama Richard Conway y tiene su despacho en Houston; me dio su tarjeta. Creo que quizá él pueda ayudarnos en esto. Es que en realidad... no sé adónde acudir.

Las poblaciones tenían un hermoso color blanco. Junto al mar había hermosas villas con tejados rojos, bordeadas de jóvenes palmeras que se ondulaban al viento. Todo aquel hermoso paisaje le parecía a Lidia algo irreal, porque se daba cuenta de que por encima de él estaban los astros desconocidos, el cielo lleno de misterio, los seres que nos espían desde lugares inconcebibles. Se daba cuenta de que aquel cielo azul que ella veía era solamente un reflejo. El cielo es negro, espantosamente negro, y los astros siguen girando sobre nuestras cabezas en un espacio infinito y siniestro, mientras nosotros creemos sentir la caricia del sol.

—Hay una cosa evidente —susurró el profesor Hutton como si expresara en voz alta sus pensamientos—. Ese ser de otro mundo logró reparar su astronave y se alejó con ella.

—¿Cree que es posible?

—La astronave estaba entera, ¿no?

—Ésa fue la sensación que tuve.

—Debió sufrir una avería más bien pequeña, que de momento le forzó a posarse en la Tierra. Pero aquel ser necesitaba ocultar su vehículo, ¿y qué mejor sitio para hacerlo que el fondo de un lago durante la noche? Tú lo viste por casualidad, pero lógicamente no debía haberlo visto nadie. Luego, del modo que fuera, consiguió reparar la avería, se introdujo de nuevo en la nave y prosiguió su

viaje.

Lidia desvió la mirada.

Todo aquello era perfectamente posible, pero la ponía triste.

Le producía una sensación inexplicable saber que nunca más volvería a ver al hombre de los ojos azules.

En su mirada ella había creído notar bondad. Había notado palpar en ella esa admiración que los hombres sienten ante una mujer bonita, y que más se nota cuanto más en secreto quieren guardarla. Había tenido la sensación, en fin, de hallarse ante un hombre, un hombre que además podía hacerla palpar. ¿Por qué todo tenía que ser falso? ¿Por qué tenía que ser él un ser quizá monstruoso, que ahora estaría volando por las galaxias?

Hutton pareció adivinar sus pensamientos.

—De todos modos es posible que vuelva —dijo lentamente—. Su misión no debe haber terminado aún, pero con su dominio de la materia, ese extraño ser podrá adoptar las formas más diversas, de eso no tengo duda. Quizá hable contigo de nuevo bajo el aspecto de un general. O quién sabe si bajo el aspecto de un sabio chiflado como yo.

A Lidia el pensamiento le pareció desconsolador.

No podía creer que aquel rostro armonioso, aquellos ojos azules, fuesen una mentira, sólo una forma pasajera de la materia. No podía creer que, por la sola voluntad de aquel extraño ser, su cuerpo joven se transformara en un cuerpo decrepito. O en una suave sustancia gelatinosa que se pegaría a las paredes. O quién sabe si en un sople de viento.

Todo le parecía mentira, todo le parecía falso, y Lidia se sentía en estos momentos desesperadamente sola.

Aminoró la velocidad cuando distinguió casas más altas y el tráfico fue haciéndose más y más espeso.

Llegaban a Houston.

La policía no había demostrado ser demasiado lista, al no saber identificarla. Lo menos se había cruzado con media docena de patrulleros, ninguno de los cuales la identificó ni sintió curiosidad por pedirle su permiso de conducir. Claro que ella iba bien vestida de otro modo, y los policías difícilmente se ocupan con interés de buscar a una muchacha escapada de un colegio superior, aunque esa muchacha sea muy bonita y tenga ya dieciocho años. Pero en tal

aspecto, Lidia, iba sintiéndose cada vez más segura de sí misma, más optimista.

Aunque sólo tenía veinticuatro horas para aclarar la situación. De lo contrario sería denunciada.

Se atrevió a preguntar a un guardia por la dirección de la tarjeta de Richard Conway. Era en el mismo centro de Houston. Se trataba de un magnífico bloque de despachos y oficinas, todo en acero y cristal, con aire acondicionado y todas las comodidades, pero con un aire inhumano que repelía.

—Espéreme aquí —pidió Lidia al profesor.

—¿No quieres que te acompañe?

—Él no le conoce, y quizá desconfiaría. Para pedirle ayuda me basto yo misma. Aunque no sé hasta qué punto un simple investigador privado será capaz de ayudarme.

—¿Cómo es ese hombre?

—Alto, bien vestido, joven, con una sonrisa muy agradable. Lleva gafas negras.

—No le conozco.

—¿Cómo lo va a conocer, profesor? ¡Usted siempre tan despistado!

La muchacha lanzó una alegre carcajada, recobrando por unos instantes su optimismo, y penetró en el lujoso edificio. La oficina de Conway estaba en el piso doce.

Dentro, el edificio no resultaba tan lujoso como en el exterior. En realidad era una colmena. Docenas y docenas de puertas se abrían a pasillos que bullían de gente, la cual iba agitadamente de un lado a otro y daba un rotundo mentís a la fama de la calma tejana. El piso de Conway, sin embargo, parecía relativamente tranquilo. Lidia empujó la puerta y vio que estaba cerrada. Fue entonces, cuando se dio cuenta de que una tarjetita estaba medio sujeta entre la hoja de madera y la base del pomo. La tarjetita: «Estoy en el garaje inferior. Búsquenme allí si es urgente».

Lidia vaciló unos instantes.

Aquel aviso parecía indicar que Conway pensaba estar mucho rato abajo, y ella no podía perder tiempo.

De modo que decidió bajar.

Apenas había dado la vuelta al recodo del pasillo, en busca del ascensor, cuando una sombra apareció por el otro lado.

Era una sombra alta, rígida, casi inhumana, que parecía formar parte de las paredes junto a las cuales se deslizaba.

La mano de aquella sombra cambió la tarjeta que poco antes había sustituido. La verdadera, la de Richard Conway, decía: «Salí para almorzar. Volveré dentro de veinte minutos».

Ahora, Lidia ya había tomado la dirección que aquella sombra quiso que tomase.

Ahora ya estaba en la trampa.

El conserje le informó que el garaje inferior no era tal garaje. Se trataba de un amplio taller donde un mecánico experto arreglaba coches de serie para competición, y hacía trucajes en los cilindros y carburadores de otros coches ya de por sí muy veloces. Pero era dudoso que a aquellas horas lo encontrara, así como a alguno de sus empleados. Sólo trabajaban por la tarde.

—Puede que le hayan dejado una llave. Quizá quiera trucar su coche y lo haya entrado en el local. Pruebe.

La muchacha descendió.

Unas tortuosas escaleras de caracol, que parecían impropias del edificio, llevaban a una planta inferior. Aquellas escaleras desembocaban en una rampa por la que podían llegar los coches desde la calle. Una gran puerta de madera, como las que suelen utilizar los garajes, estaba entreabierta.

La muchacha pasó al interior.

Una atmósfera cálida y oscura la recibió. Las tinieblas se prolongaban por un local cuyo fondo no distinguía. En primer término, los cristales de varios coches brillaban con una luz queda y siniestra.

Lidia avanzó unos pasos.

Se vio envuelta por la oscuridad, una oscuridad viscosa, caliente.

—¡Señor Conway! —llamó—. ¡Señor Conway!

Nadie le respondió.

El silencio era total. Parecía como si entre aquel garaje y la colmena humana que vibraba en las otras plantas del edificio, hubiese centenares de millas de distancia.

—¡Señor Conway! ¿Está aquí?

El silencio seguía siendo absoluto, pero la luz interior de uno de los coches se encendió y volvió a apagarse.

Lidia parpadeó.

Quizá él no la oía, porque debía estar en un coche con las portezuelas cerradas. Pero allí, al fondo del local, había alguien. Debía ser el propio Richard Conway.

Lidia decidió avanzar.

Sus pasos resonaban quedos, opacos, sobre el piso de cemento.

Coches oscuros, coches amarillos, coches plateados como extraños peces mecánicos se alineaban en el local. Todo estaba en absoluto reposo. Los ojos de Lidia, más habituados ya a la semioscuridad, distinguían las paredes blancas que limitaban el garaje. Grandes cuadros con herramientas colgadas se alineaban en ellas. Pilas de neumáticos especiales se amontonaban en los ángulos.

Llegó al coche donde había visto encenderse y apagarse la luz. Era un vehículo europeo, un «Humber». Pero dentro, en el interior acolchado y caliente, no se veía a nadie.

La muchacha vaciló.

Respirando fuerte, abrió bruscamente la puerta y gritó:

—¡Señor Conway!

Su propia voz tenía ya algo de falsete histérico.

Los controles silenciosos del *tablier* parecían mirarla como grandes ojos. Los tapices cálidos de los asientos insinuaban una presencia humana.

Lidia estaba asustada, no podía negarlo.

Todo aquello le parecía inexplicable y empezaba a ser superior a sus fuerzas.

Fue el miedo lo que le hizo tomar aquella decisión. Vio que el «Humber» estaba encarado a la puerta y que tenía las llaves de contacto puestos. Si corría algún peligro, ella podía rodar a gran velocidad hacia allí. Podía huir en el mismo coche.

Eso le pareció más seguro que caminar a cuerpo descubierto entre los otros vehículos, donde cualquiera podía saltar sobre ella. Se sentó ante el volante y cerró.

Todo seguía silencioso en torno suyo. No se veía a nadie.

Con un gesto puramente maquinal, la muchacha ajustó el cristal retrovisor. Y fue entonces, al moverlo, cuando en ese cristal se reflejó algo.

El ojo. Un ojo enorme y monstruoso que parecía llenarlo todo.

Un ojo frío, inhumano, al que la crueldad hacía brillar con mil

extraños matices.

El ojo de un monstruo... ¡Qué estaba tras ella! ¡Y ahora se incorporaba... para matar!

Antes había permanecido oculto entre los dos asientos.

Lidia sintió en su propia nuca un aliento caliente, como el alentar ansioso de una fiera.

Lanzó un aullido atroz, espantoso, mientras la uña surgía para clavarse en su nuca.

Lidia desvió la cabeza a tiempo, guiada sólo por el instinto, sin tiempo para reflexionar. Aquella cosa flexible, monstruosa y dura, chocó contra el cristal del parabrisas, arañándolo. Ella tendida casi sobre el asiento delantero, empujó la puerta y se lanzó de cabeza a tierra.

La uña le rasgó casi toda la falda, abriéndosela y dejando en el muslo derecho una línea de sangre. La respiración del asesino, a espaldas de Lidia, se había transformado en un jadear rabioso.

La muchacha, ya en el suelo de cemento, dio una vuelta de campana, alzando las piernas hacia el techo, en un acrobático movimiento de judo. Eso la salvó.

Ya el ojo estaba materialmente encima, ya la monstruosa uña buscaba de nuevo su presa.

La muchacha no veía nada más, no distinguía más que aquel ojo y la uña que iba con él, como si ambas cosas no pertenecieran a un cuerpo.

Se encontró entre dos coches. Anduvo de rodillas unos segundos, para rodear uno de ellos, y luego saltó ágilmente sobre el bajo capó de un bólico deportivo.

Bruscamente se vio sola otra vez. Del monstruo no se distinguía nada.

Con la respiración entrecortada, anhelante, Lidia miró en torno suyo.

Tinieblas. Silencio.

Pero ahora ella sabía que el monstruo estaba allí, y sabía también con qué terrible y extraña arma había sido arrancado el corazón de Mary.

Vaciló. No sabía si caminar hacia la puerta. Temía que el monstruo le cortase la retirada.

Detenida ante un coche, no se dio cuenta de que una silueta

oscura se deslizaba por debajo de éste.

De pronto, algo parecido a una zarpa sujetó uno de sus tobillos. La muchacha lanzó un alarido al sentir que caía. La zarpa tiró de ella, para arrastrarla bajo el coche.

Lidia supo que, en cuanto quedase oculta por él, podía considerarse muerta.

Desesperadamente se sujetó con ambas manos al parachoques posterior del coche que estaba estacionado delante, y trató de resistir con aquello. Pero la fuerza con que tiraban de uno de sus tobillos era inhumana. Sus dedos empezaron a ceder. Notó que el acero del parachoques se clavaba en su carne.

Gritó, gritó con todas sus fuerzas, con toda su alma pero aquel alarido inútil fue como su propio funeral. Nadie pareció oírlo. Se perdió velozmente en las entrañas de la casa.

El coche delantero debía estar frenado, porque no se movía. Lidia no podía ya más. Sus dedos resbalaron otro poco.

Y de pronto, cuando ya se creía perdida... ¡el coche delantero arrancó!

Los dedos de Lidia resistieron el avance, al tirar el coche de ella. El monstruo, por el contrario quedó sorprendido al ver que la presa, a la que ya tenía sujeta por una de las rodillas, se le escapaba de entre los dedos.

Se oyó un gruñido bajo el coche. A causa del brusco tirón, los tirantes del ligero de Lidia se rompieron de repente. Una media y un zapato quedaron entre los dedos ansiosos del monstruo.

Lidia fue arrastrada hacia la salida del garaje por un coche que cada vez aumentaba su velocidad. El contacto del piso de cemento le causó dolor, pero al propio tiempo significaba su salvación. El coche pasó justamente por el espacio que dejaba libre la puerta entreabierta.

Lidia lanzó un gemido. Estaba al borde de sus fuerzas. De pronto el coche se detuvo, ya en la rampa que llevaba a la calle. Todo parecía haber cambiado al contacto con la luz. Era como si el ojo monstruoso no hubiera existido nunca. Lidia vio con asombro cómo el profesor Hutton saltaba del asiento, después de haber frenado el coche, y se disponía a recogerla.

—Lidia... ¡Pobre Lidia! ¿Te encuentras bien?

Ella aún no podía dar crédito a lo sucedido. Dijo que sí, que se

sentía bien, aunque le dolía todo el cuerpo.

Él la ayudó a ponerse en pie.

—Profesor... ¿cómo ha sabido que...?

—Al ver que tardabas, pregunté al conserje. Bueno, no es que tardases mucho, pero prefería estar contigo. El conserje me dijo que una muchacha de tus características había descendido ahí abajo. La cosa no me gustó y bajé yo también. Pude ver entonces que estabas sujeta al parabrisas de un coche y que alguien tiraba de ti desde debajo de otro.

La introdujo en el primer vehículo. Lidia tenía las ropas rasgadas y manchadas de sangre. Todos sus vestidos estaban sucios al haber sido arrastrados por el suelo.

—Abandonaremos este coche en el estacionamiento y tomaremos el nuestro —susurró Hutton—. No creo que nos culpen demasiado por eso. ¿Quién fue el que te atacó?

—Era... ¡era horrible! ¡No podía pertenecer a este mundo!

—El mundo no es sólo la Tierra —dijo abruptamente el profesor—. Hay cosas que nos rodean y que no vemos o no queremos ver. Mira, ahí está nuestro coche. Salta, rápidamente sin llamar la atención.

Una vez hubieron abandonado el otro para tomar el suyo, Lidia preguntó:

—¿Adónde vamos ahora?

—Creo que hemos de ir a la policía.

—¿A qué?

—A denunciar a ese tal Richard Conway. ¿No ha intentado matarte?

—Nadie asegura que fuese él. A mí me pareció que mi atacante no era un ser humano.

—Pues entonces, ¿qué infiernos hacemos? —Gruñó Hutton—. Te prometo que estoy desorientado por primera vez. ¿Vamos a consentir que nos tomen por dos locos?

—Quizá lo estamos, después de todo.

—¡No y mil veces no! Mi cabeza rige claramente, estoy seguro, y también estoy seguro de no sufrir pesadillas. Hasta te diré lo que vamos a hacer. Volveremos a la mansión de los Blayfair.

Lidia tuvo un estremecimiento.

—¿Y qué haremos allí?

—Alguna pista debe haber del hombre de la astronave imaginario. Tengo la sensación de que no ha podido dejarnos en la estacada de ese modo. De que ha depositado un mensaje o algo que nos oriente. Él sabía que yo soy un científico. No puede haberme dejado en esta duda. Los científicos de este mundo, e imaginario que de los otros, tienden al respeto mutuo.

—Es usted muy optimista, profesor.

—Si en este momento no fuéramos optimistas nos volveríamos locos. Y creo que lo que digo tiene grandes posibilidades de ser verosímil, muchacha. Si no encontramos allí algo, no lo encontraremos en ninguna parte.

Lidia calló.

Se daba cuenta de que el viejo profesor tenía razón.

Demasiado cansada para discutir, demasiado rendida por las emociones, echó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo, y quedó dormida. Hutton conducía con más seguridad que de costumbre. Cuando Lidia abrió los ojos de nuevo, ya mucho más descansada, vio que había empezado el crepúsculo y que todos los campos se estaban cubriendo de un suave color violeta.

Era la hora misteriosa del anochecer.

Una neblina baja, que avanzaba desde la zona de los lagos, cubría la llanura.

Hutton sonrió al ver que ella había despertado.

—Estamos llegando.

—Sí, ya reconozco todo esto. La mansión de los Blayfair está detrás de aquellos árboles.

Hutton tomó una senda enarenada, a la izquierda, una senda bordeada de grandes y silenciosos álamos y que conducía en línea recta a la mansión siniestra.

—Tú vas a esperarme aquí un momento, Lidia, mientras yo voy a mi casa.

—¿A su casa para qué? No me gusta quedarme sola.

—Puedes acompañarme si lo deseas, pero sólo voy a buscar mi lupa gigante y mi cámara especial para fotografiar con rayos X. Las fotos acusarán el rastro de ciertos metales, y eso puede serme de interés. Además, me gustaría que observaras oculta en el jardín si se aprecia algún movimiento en la casa. Cuando vuelva, me dirás lo ocurrido.

—Sí, es una precaución muy lógica.

El coche se detuvo en una vereda que no era visible desde la casa. Lidia descendió, y Hutton hizo maniobra para alejarse. Unas docenas de yardas más allá empezaba la verja larga, silenciosa, de agudos barrotes descarnados a la luz del anochecer. Y detrás de la verja, como si ésta fuese la barrera de otro mundo, descansaba el misterio de la casa.

Lidia llegó hasta el río, procurando no ser vista. Penetró en el jardín por el espacio que quedaba entre el agua y la verja, como lo había hecho Mary al anochecer en que murió.

En las ventanas de la casa se reflejaban los últimos rayos del sol, y en una de esas ventanas se recortaba una sombra inmóvil. Una sombra siniestra a la hora del anochecer.

El profesor Hutton condujo hacia su casa. Detuvo el coche y entró precipitadamente.

Todo eran sombras en las estancias, pero él sabía bien dónde guardaba las cosas. No necesitaba luz.

Sólo al entrar le pareció sin embargo que allí había algo extraño, algo que no marchaba.

¿Qué era? ¿En qué consistía? ¿Qué extraño rincón era distinto de los otros días?

Al principio el profesor no lo vio, no supo adivinarlo. Miró en torno suyo y todo le pareció igual. Encogiéndose de hombros, buscó la lupa gigante y la cámara. Luego se dispuso a salir.

Fue entonces cuando notó qué era lo que estaba cambiado.

El ataúd de «Charlie» no estaba abierto ya. Alguien lo había cerrado. «Charlie» no se veía.

Hutton alzó la tapa de pronto. «Charlie», un esqueleto con curiosas deformidades óseas, era digno de estudio, pero él solo no podía haber cerrado su ataúd. De pronto, Hutton lanzó un grito.

Fue un grito seco, entrecortado, donde el asombro se mezclaba al horror.

Un grito de muerte.

«Charlie» ya no estaba en su caja, pero en su lugar Hutton vio el ojo brillante, monstruoso, enorme. Vio la uña que parecía vibrar en el aire. Vio su propia muerte. No llegó a tiempo de huir.

Quiso retroceder y no le fue posible. Quiso gritar de nuevo y ni para eso tuvo tiempo.

La uña buscó su piel sabiamente, velozmente, como un reptil venenoso que salta de su jaula.

CAPÍTULO XIV

La sombra dibujada en una de las ventanas se había esfumado. Se había perdido en la penumbra del anochecer, más espesa cada vez. Los rayos del sol poniente habían dejado de recortarla.

Lidia esperaba ansiosamente, con todos los nervios en tensión.

A causa de su posición forzada, a causa de su inmovilidad, los músculos le hacían daño.

Los minutos pasaban lentos, agobiantes. Había transcurrido ya casi una hora.

¿Por qué no regresaba Hutton? ¿Qué podía haberle ocurrido?

¿Y si le hubiesen atacado a él?

Lidia no quería pensarlo.

Pero aquella quietud que la envolvía, aquel silencio sólo roto por el susurro de los helechos, era algo tan siniestro que trastornaba sus pensamientos. Era como un anticipo de la muerte, como una prolongación del misterio en que se hallaba hundida.

Al fin no pudo resistirlo más.

Se puso en pie y corrió a lo largo de la verja.

Veía los barrotes pasar ante sus ojos como interrogantes inmóviles, como extraños espectros surgidos del fondo de las sombras. Al llegar al río, el agua tenía ya reflejos plateados a causa de la luna. Lo remontó en dirección a la casa de Hutton.

—¡Profesor! —llamó—. ¡Profesor!

Todo estaba en silencio, envuelto en tinieblas. Sólo el rumor del río llegaba hasta allí como un murmullo lejano.

Lidia empujó la puerta.

Lo vio todo tranquilo, tal como Hutton lo conservaba siempre. Los objetos estaban en orden, en aquel orden que ella ya conocía. Sólo una cosa había cambiado, y Lidia, al contrario de Hutton, lo notó enseguida.

El ataúd de «Charlie» estaba cerrado.

Lidia, dominada por un extraño presentimiento, por una sensación que la ahogaba, se dispuso a abrirlo.

Con la mano sobre la tapa, vaciló. Con ojos desencajados, contempló la madera brillante de la siniestra caja.

De pronto, con un gemido ronco que la sorprendió a ella misma, se dedicó a abrir.

El gemido ronco se transformó en un aullido inhumano.

El cadáver ensangrentado del profesor Hutton pareció saltar sobre ella, cuando la tapa cedió. Lidia saltó hacia atrás, gimiendo, chillando como una loca, al borde del ataque de histeria, y al volverse vio lo que tenía tras ella.

El ojo.

El ojo brillante, gigantesco, que parecía flotar entre las sombras como si estuviera desprovisto de cuerpo. Y la uña que volaba hacia su corazón como una serpiente metálica, con la horrible particularidad de que ahora aquella uña estaba manchada de sangre.

Sólo su agilidad le salvó otra vez. Sólo su práctica en el judo, la cual hacía que los movimientos de defensa se produjeran instantáneamente, logró salvar otra vez a Lidia.

La uña pasó junto a su cuerpo, rasgándole la piel tan solo. La muchacha saltó hacia la puerta con la desesperación de una gacela herida. Oyó tras ella un rugido salvaje.

Como una loca se encontró corriendo entre los altos tallos de hierba, ya envuelta en las sombras de la noche, mientras creía notar en la nuca el aliento cálido de su perseguidor. El rugido se repitió, pero ahora más cerca. ¡La uña rozó su cuello!

Lidia supo que estaba perdida. Su terrible angustia, que al principio le dio fuerzas, se había transformado ahora en debilidad. Nunca sería tan rápida como su implacable y monstruoso enemigo.

Y de pronto sus pies se hundieron en algo frío. Agua. Acababa de llegar al río sin darse cuenta.

Lidia no lo pensó ni un segundo, puesto estaba allí su única, aunque remota posibilidad de salvación. Se lanzó de cabeza al agua. Se dejó arrastrar por ésta.

Los ruidos cesaron.

En el centro del líquido, no se oía nada. Lidia, hábil nadadora, se dejó arrastrar por la corriente. No miró hacia atrás, pero notó que

nadie la seguía. El río había sido su salvación esta vez.

Pero ahora se encontraba sola, desesperadamente sola.

Necesitaba llamar a la policía y asumir todos los riesgos. No podía continuar así.

¿Pero dónde habría un teléfono próximo? ¿Dónde?

Poco a poco se fue serenando y pensó con más calma. El contacto familiar del agua, la tranquilizaba. Se dijo que el teléfono más próximo estaba en la mansión de los Blayfair, adonde precisamente el río la transportaba en su descenso.

Llegó a verla antes de lo que pensaba, surgiendo de entre las sombras. La muchacha salió del río, tras nadar vigorosamente hacia la orilla y avanzó entre los helechos.

—No tenía miedo. Había un teléfono en la planta baja, y ella podría llamar enseguida. Pero además... ¡además en la casa vio luz!

¡Había alguien en ella! ¡Alguien que no quería ocultarse!

¡Y un coche se encontraba estacionado ante la puerta!

Corriendo como una loca, casi gritando de alegría, la muchacha corrió hacia el vehículo. Éste era un «Pontiac» nuevo, aunque con huellas de barro en las llantas. El permiso fiscal, pegado a uno de los cristales, ostentaba el nombre: John Blayfair.

¡John, el heredero de la casa, el que se encontraba en América del Sur, había vuelto ya! ¡La mansión de los Blayfair había vuelto a la normalidad! ¡Ella estaba salvada!

Respiró ansiosamente, sintiendo una alegría loca, como si acabara de triunfar en una gran carrera, la muchacha empujó la puerta.

Todo el vestíbulo estaba iluminado. Las grandes arañas brillaban. Los muebles mostraban todo su esplendor.

Y en pie, en el centro del vestíbulo, había un hombre.

Un hombre alto, joven, bien vestido, con gafas negras, a quien ella conocía bien.

Lidia sonrió, aunque algo confusa:

—Señor Conway...

—Hola, Lidia. ¿No entra?

—Claro... —Cerró la puerta a su espalda—. ¿Pero qué hace usted aquí, señor Conway? Yo le he estado buscando en Houston.

—He venido con John Blayfair. Somos amigos.

—¡Ah!

—John está arriba, cambiándose. Creo que muchas cosas se han resuelto ya para usted, amiga mía. El misterio ha terminado. ¿Pero qué es eso? ¡Va empapada!

—Me he caído al río —mintió ella—; menos mal que sé nadar.

—Pero eso es muy peligroso. A ver, deme la mano. ¿No tendrá fiebre?

Lidia le tendió la derecha. La mano del hombre la sujetó. La sujetó férreamente, con una extraña fuerza, con un increíble vigor. Inmediatamente, como si algo se disolviese en su sangre, la muchacha sintió frío, un frío espantoso, que le llegaba de dentro. En comparación su piel helada por las aguas del río parecía arder.

Entonces el hombre, con la mano izquierda, se quitó las espesas gafas negras.

Las arrojó al suelo.

Un alarido de horror, un grito de angustia innombrable brotó de la garganta de Lidia.

Ésta se encontraba ya al borde de sus fuerzas. No podía resistir más.

Sintió que caía.

Sintió que sus rodillas se doblaban vencidas, rotas.

El hombre que tenía enfrente la miraba con un solo ojo, pero éste era de cristal. Una tremenda deformidad, a causa de un accidente o una quemadura, había hecho que tuvieran que colocarle aquel ojo que era cien veces peor que una cicatriz. De su mano izquierda brotó un resorte metálico, largo, agudísimo, parecido a una uña de acero. Ahora vio Lidia que brotaba de un estuche donde estaba plegada. Aquella uña metálica tenía la agudeza de un bisturí y la fuerza de una espada. Lidia vio, sin fuerzas ya ni para gritar, cómo se dirigía hacia su cuello. Supo que iba a morir. Supo que era el fin. Ya no tenía fuerzas ni para morir gritando.

La monstruosa uña llegó a rozar su piel.

Fue a clavarse en ella.

Y de repente alguien saltó sobre el monstruo. Alguien que tenía ojos azules y a quien Lidia conocía bien. ¡El hombre que suponía llegado del espacio! ¡El que ella imaginaba ya fuera de la órbita terrestre!

Con un alarido, el monstruo intentó revolversse y emplear su uña contra el agresor. No pudo. El hombre de los ojos azules parecía un

auténtico diablo, un cinturón negro de judo. El monstruo salió proyectado por los aires. Un espantoso golpe de karate al pabellón nasal se lo destrozó por completo. Logró revolverse, sin embargo, y se lanzó a fondo para atravesar el cuello de su enemigo.

Una línea de sangre se marcó en éste. Lidia contuvo un aullido.

Sabía que si el hombre de los ojos azules no lograba vencer, ella moriría.

En medio de otro aullido de horror, vio cómo el monstruo se disponía a asestar su segundo golpe.

CAPÍTULO XV

El hombre de los ojos azules trazó un semicírculo, desde el suelo, con la pierna derecha. Era un golpe de judo difícil y certero; Lidia lo conocía bien. El monstruo lo recibió en plena mandíbula y cayó hacia atrás. Cuando aún estaba intentando levantarse, recibió dos golpes más, entre las cejas, uno con la puntera del zapato y otro con el tacón. Movié la uña febrilmente, sin ver, cegado por su propia sangre. Dos manos cayeron ahora sucesivamente sobre su pabellón nasal, en dos terribles golpes de kárate. Eran golpes mortales, de los que remueven hasta el fondo del cerebro. Con un estertor ronco, agónico, todo su cuerpo se tensó como un arco presto a dispararse. Luego se derrumbó, quedó relajado, espantosamente inmóvil.

El hombre de los ojos azules suspiró con cansancio. Ayudó a Lidia a ponerse en pie.

—Te prepararé un *whisky* —dijo con acento inglés—, creo que en la casa hay botellas.

Lidia se había derrumbado sobre una butaca. Respiraba ansiosamente. Ahora más que nunca creía estar viviendo un sueño.

—De modo que... puedes hablar —balbució.

—Siempre he podido, puesto que soy un hombre normal. Por cierto, mi nombre es Jim Cassey y pertenezco al servicio secreto inglés. Pero ante una muchacha y ante un sabio despistado debía intentar a toda costa parecer hasta el fin un ser extraterrestre.

—¿Por... por qué?

—Un momento. Cuando hayas bebido un trago de *whisky* lo verás todo mejor.

En efecto, después de haber bebido dos sorbos del ardiente líquido, Lidia ya se sentía más segura de sí misma. Las rodillas ya no le temblaban. Con la mayor atención posible, se dispuso a escuchar lo que Jim Cassey quería decirle.

—Algo que debes saber ante todo —comenzó explicando él—, es que ahora el espionaje se realiza desde satélites artificiales, y que las dos o tres naciones que dominan el mundo tienen algunos de éstos constantemente en el espacio. Yo no sé si lo de los platillos volantes y los seres extraterrestres es verdad, pero, desde luego, muchos de los aparatos voladores no identificados que la gente ve o cree ver, están tripulados por especialistas humanos. Es decir, por espías de la era atómica.

Bebió también él un sorbo de *whisky* y continuó:

—Tal espionaje no es ilegal, aunque se procura que sea secreto. El dominio internacional del espacio se rige aún por la Convención Internacional de Varsovia de 12 de octubre de 1929, que sólo atribuye a cada Estado la propiedad del cielo que está sobre él hasta una altura máxima de 80 kilómetros, cuando los satélites vuelan normalmente a 150, es decir, están en terreno de nadie. En aquella época, claro, nadie podía imaginar que un cuerpo volador llegase tan alto, y por eso se juzgó que 80 kilómetros eran suficientes para garantizar la seguridad de un Estado. En los Estados Unidos, el presidente Johnson pide una renovación de ese tratado, pero por el momento continúa vigente el anterior.

—¿Y se puede practicar el espionaje desde esa altura? —susurró Lidia, asombrada.

—Sí. Los satélites «Samos», de los Estados Unidos, permitieron por ejemplo fotografiar el lanzamiento de los cohetes rusos, merced a sus máquinas fotográficas súper-potentes. Sus especiales aparatos de radio captaron también una conversación entre Moscú y un submarino ruso nuclear que pasaba cerca de Tahití, e incluso se dice que fue captada una conversación del presidente del Consejo de la Unión Soviética con su chófer. Por eso todos los astronautas del proyecto «Gemini» son, en realidad, espías o maestros de espías[1].

Tras unos instantes de reflexión continuó:

—Yo tripulaba una nave inglesa de esa clase y debía sobrevolar territorio chino, pero al pasar sobre Norteamérica los reactores fallaron. Entonces busqué un sitio donde ocultarme y vi el lago. Americé en el fondo, salí de la cápsula y me oculté entre los cañaverales de la orilla. Los eyectores de hidrógeno que forman parte de mi equipo me permitían fácilmente dar saltos de cincuenta

yardas. El sistema no es nuevo, puesto que ya se ha probado incluso con tropas de infantería lanzadas al asalto. Durante un par de días permanecí oculto, sin saber adónde ir, y entonces te vi. Tú huías y seguramente buscabas un lugar solitario para ocultarte. Decidí seguirte.

—¿Así fue cómo llegaste a esta casa?

—Exacto. Y decidí permanecer en ella.

—¿Por qué?

Él se encogió suavemente de hombros.

—Era un buen escondite y estaba cerca del lago. Yo podría ir allí por las noches y tratar de reparar mi máquina voladora. Por la índole especial de mi trabajo, necesitaba mantenerlo en riguroso secreto incluso ante una nación amiga. Pero no estaba yo sólo en esta casa. Alguien más la empleaba como refugio, aunque no llegamos a encontrarnos nunca.

Señaló hacia el muerto.

—Te presento a John Blayfair. Yo he usado algunos de sus trajes.

—¿Cómo? ¿Pero... pero es posible?

—John Blayfair ya estaba aquí —siguió explicando Jim—. Pero para que todos creyesen que seguía en el extranjero, había reunido unas cuantas postales, producto de un viaje anterior, las había rellenado con fechas distintas, para que dieran la sensación de que las escribía sobre la marcha durante un viaje verdadero, y se las había dado a un amigo que había de hacer esa ruta para que las lanzase. Dos llamadas telefónicas a nuestro corresponsal del servicio secreto en Caracas me han aclarado eso. John Blayfair era un auténtico loco, el último descendiente de una familia de seres tarados, a quien un accidente que le dejó deforme el rostro había hecho odiar a la humanidad hasta extremos inconcebibles. Odiaba, especialmente, a todo lo que era joven y era hermoso. Se ocultaba en esta casa, y por eso el contador en casa de Mary señaló un consumo de luz. He leído en los periódicos los informes de la policía y he ligado unos detalles con otros. Cuando Mary vino aquí, la asesinó. Yo estaba entonces en la casa, puesto que acababa de llegar a ella detrás de ti. Pero la mansión es tan grande que no llegué a ver al asesino. Luego vino la policía y me oculté. No podía exponerme a que me viesen.

Hizo una nueva pausa para beber otro sorbo de *whisky*.

—Naturalmente investigué luego —musitó—, pero John Blayfair estaba ya fuera. Por la calle circulaba con espesas gafas negras que ocultaban su deformidad. Puesto que él ya te había visto y ya ansiaba matarte, te seguía a ti sin descanso. Tu belleza, tu juventud, le quitaban el sueño. Se hizo el contradicho en un parador de la carretera y dijo ser investigador privado. Tenía una tarjeta del auténtico Richard Conway, que fue la que éste le dio con motivo de una visita que John le hizo. Te la entregó a ti y te habló del seguro de vida que tenía Mary, para que sospechases de sus familiares. Pero en realidad lo del seguro era falso.

—¿Quería... atraerme a una trampa?

—Él pensaba que Houston era un buen sitio para acabar contigo. Cuando tú fuiste aquella vez, él ya se había anticipado en unos minutos, y tuvo la suerte de que el despacho estuviese vacío. Cambió la tarjeta de Conway con un falso mensaje que te haría llegar hasta el garaje de la planta inferior, y allí trató de acabar contigo.

—¿Cómo sabes todo eso, Jim? —farfulló la muchacha, que aún no se había repuesto de su asombro.

—Porque yo había logrado, por fin, identificar a Blayfair y le seguía también. Buscaba alguna prueba que le delatase. Desgraciadamente mi especialidad no son las pesquisas rutinarias, y John Blayfair se me escapó dos veces. Una de ellas asesinó a un periodista que iba tras la pista de tu extraña historia del satélite, y a quien John quería eliminar porque estaba metiendo demasiado las narices en la casa. La segunda vez estuvo a punto de matarte a ti.

—¿Por qué me llamaste por teléfono aquella noche, cuando él intentó asesinarme también?

—Yo acababa de llegar entonces de una de mis exploraciones al lago —explicó Jim—, y sólo pude enterarme de una pequeña parte de lo sucedido. Sin embargo lo que sabía era lo bastante alarmante para intentar hablar contigo y ofrecerte mi ayuda. Sé que no debía hacerlo, porque con ello ponía en peligro la seguridad de mi misión, pero un extraño impulso me movió. Fue como el impulso que me obligó a seguirte la primera vez, Lidia. Cuando te tuve enfrente, sin embargo, me arrepentí. Fingí no poder hablar. Luchaba entre dos fuerzas, entre lo que sentía por ti y las órdenes recibidas. Al fin se

impuso el sentido del deber. Logré fingir.

—Y fingiste también ante el profesor, ¿no?

—Él se presentó inopinadamente cuando yo estaba ensayando un reactivo para fundir metales sin dejar rastro. Después de lo que le habías explicado tú, el hombre me miraba con ojos iluminados. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa. Me hizo trabajar en una fórmula muy difícil, pero en la que yo estaba iniciado porque soy especialista en geometría del espacio, y los mejores matemáticos del mundo me han instruido. Unos matemáticos, que, por supuesto, están por encima de la mentalidad del profesor y de sus compañeros de la universidad de Montgomery. Pasé también un mal momento, pero al fin pude resolver la cuestión.

Lidia no se daba cuenta, pero ya había bebido casi todo el *whisky*. Su garganta quemaba y ella no se había enterado siquiera.

—¿Hiciste desaparecer la nave voladora? —susurró.

—Sí, valiéndome del reactivo de que te he hablado. En vista de que no podía repararla, la destruí. Ese reactivo come el metal y lo deshace sin dejar rastro, como el azúcar se disuelve en el agua. Todos los servicios secretos procuran poseer sustancias semejantes, para destruir pruebas. Yo confieso que tuve suerte al lograr destruir, en toda una noche, una nave de aquellas dimensiones. Con eso sé que te he metido en un lío, muchacha, pero procuraré sacarte de él. Iremos juntos a ver al inspector Morrison.

—¿Es que... vas a contarle la verdad?

—Un espía, aunque sea un espía del espacio, no cuenta la verdad nunca, Lidia... excepto en una ocasión. A Morrison le contaré una historia convencional. El cónsul inglés en Houston ya ha tenido tiempo, por medio de los servicios secretos británicos, de prepararme una documentación falsa y que explica mi presencia aquí. Diré que yo también vi el objeto volador y que luego observé cómo escapaba del agua, volando igual que una bola de metal incandescente. Va a ser una historia que te dejará a salvo y que llenará páginas enteras de los periódicos. Por supuesto, también le contaré la negra historia de John Blayfair.

Le tomó la mano y la ayudó a salir. Ella se sentía más segura, más serena. Le parecía, extrañamente, que había nacido otra vez.

Ya en la puerta, musitó:

—Antes has dicho que los espías sólo contaban la verdad una

vez. ¿Cuándo?

—Cuando se enamoran —dijo Jim suavemente—. Y tú sabes toda la verdad, muchacha. Eres la única.

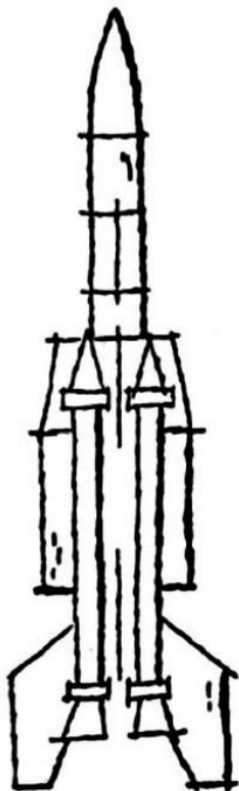
Abrieron la puerta. Más allá estaba la oscuridad, pero también estaba la vida que Lidia creía haber perdido. Estaba la libertad. Estaba algo misterioso, dulce, íntimo, y que descubría por primera vez.

Los dos, caminando juntos entre los helechos susurrantes, se encaminaron hacia la verja.

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



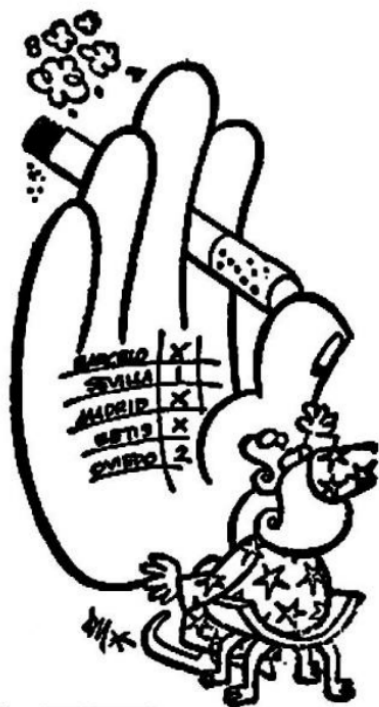
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vámonos a verlo.



**MARABU
ZAS**



fans...



6 pesetas todas las semanas
La revista de la canción

es fans_tástica

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



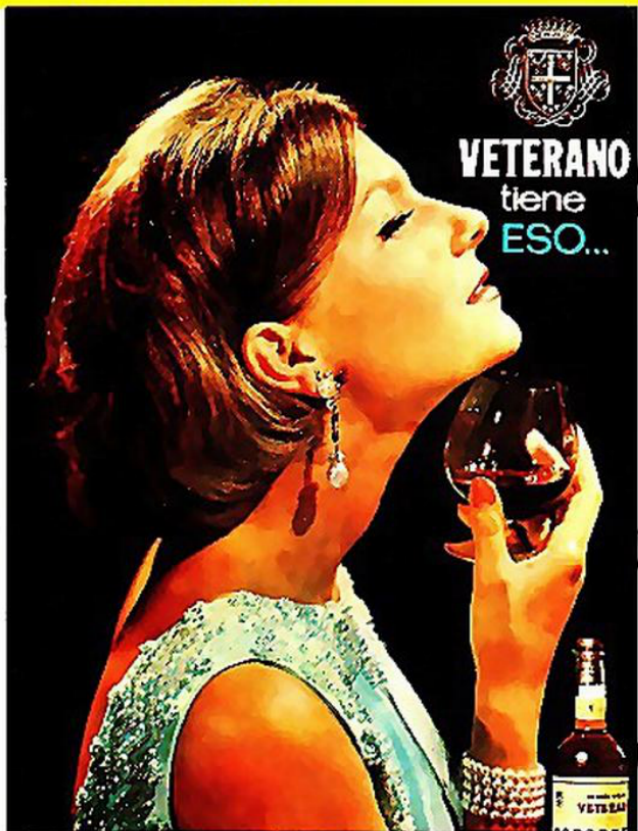
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PREGO EN ESPAÑA: 8 pías. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



OSB

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772

NOTAS

[1] Estos datos son ciertos y han sido dados a conocer por la Prensa mundial. < <